



Cristina Cerrada

# La mujer calva

XIV Premio Lengua de Trapo de Novela

151



«La mujer calva» es una historia sencilla, en absoluto simple, que comienza cuando Lailja, una mujer divorciada, tiene que instalar en su casa a su madre enferma. Reaparecen entonces, en forma de vívidas imágenes, los recuerdos solapados y contradictorios que alimentan sus mentiras de siempre. Sin embargo, ya no queda ni aquel equilibrio inestable sobre el que había construido su vida: en esta ocasión no puede permanecer pasiva, tiene que tomar decisiones, completar un giro que la reconcilie consigo misma.

Acertadamente considerada por la crítica como una de las narradoras más interesantes del panorama actual, Cristina Cerrada penetra en esta historia de argumento sutil con una agudeza e intuición sorprendentes; con un manejo de la información y de las imágenes con el que logra una novela que puede considerarse, sin lugar a dudas, redonda.

***OceanofPDF.com***



Cristina Cerrada

# La mujer calva

ePub r1.1

Titivillus 03.06.2022

***OceanofPDF.com***

Cristina Cerrada, 2008

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



***OceanofPDF.com***

El pasado día 23 de septiembre de 2008, un jurado compuesto por los escritores Marta Rivera de la Cruz, Martín Casariego, Ramón Pernas y Fernando Royuela, y el editor José Huerta otorgó el XIV Premio Lengua de Trapo de Novela a la obra *La mujer calva*, de Cristina Cerrada.

***OceanofPDF.com***

*Para Félix y Gabriela*

***OceanofPDF.com***

Y mi propia boca, me dijo él, ya no me obedecía: yo había puesto la de mamá en mi rostro y sin quererlo imitaba sus mímicas. Allí se materializaba toda su persona y toda su existencia. La compasión me desgarraba.

*Memorias de una joven formal*

SIMONE DE BEAUVOIR

***OceanofPDF.com***

I

***OceanofPDF.com***

ESTÁ DELANTE del espejo, acariciándose la piel de la cabeza. Es tersa y delicada, hay una pelusilla inocente, un musgo milimétrico, no como había imaginado, que atrae las yemas de los dedos, que hace que no puedan dejar de posarse allí. Es bella. En comparación, ha ganado en simetría. Una de las orejas está ligeramente separada del cráneo, pero no se nota apenas porque la otra también lo está. Es más bella que nunca. En su belleza hay algo embrionario, sin acabar, algo que le recuerda la informe yema del feto flotando en el interior de la placenta. Principio y fin. La membranosa carne de la medusa. Misterio. Un escupitajo flotando en el agua translúcida del mar. Jamás habría sospechado esta belleza de lo informe, lo inacabado. Reticente, demorándose en la caliginosa tibieza, aún se pasa la mano una vez más. Su cuerpo se ha vuelto blando. Es como un polluelo muerto, a medio hacer, dentro del cascarón.

***OceanofPDF.com***

PARA IR a un funeral se supone que uno no ha de acicalarse. Se supone que uno ha de estar triste en un funeral, con el maquillaje corrido, con una blusa que se sale por un lado, con el cuello del abrigo doblado sobre sí. Pero Lailja no lo puede evitar. Abre de nuevo el cajón de la cómoda y se prueba otra prenda más. De pie, frente al espejo del armario, se encuentra extraña. Se retira el pelo de la cara. Comprueba que mamá tiene razón, la nariz se le afila, el rostro se le repliega sobre sí. Es la edad. Pronto parecerá un loro. A menudo, ella misma se llama así, loro. Cuando estropea algo, o alguna cosa no va bien. Eres un loro. A veces también se llama idiota. Eres idiota. Pero no es idiota, es que se hace mayor. Y eso no se puede cambiar. Si pudiera pararlo lo haría, como todo el mundo. Pero no se puede.

De la cocina llega el sonido frisante de la cafetera al hervir. Es una cafetera vieja, de las de hierro. Ha llegado el momento; en la casa casi todo está empezando a envejecer. No siempre ha sido así. Hace años, cuando ella vino, todo era reluciente y moderno. La cafetera, por ejemplo. Y el espejo del recibidor. Y los cuadros representando figuras de caza con sus marcos orlados de volutas encrespadas. Y un cenicero de ónix. Y los muebles de su dormitorio y del comedor. La cafetera fue un día el último modelo de Orolej, eso dijo el vendedor. Y ahora, en cambio. Si se demora en apartarla del fuego, el café se escapa por las juntas en espumosos y silbantes espumarajos. Con un trapo la aparta del fogón y le saca brillo a la cocina. Ha limpiado por la mañana, por si mamá y sus hermanas quieren venir a casa después del funeral. También ha preparado canapés. Rotos, desiguales, goteando ensaladilla por los bordes, de diferente tamaño. Ni siquiera le ha quitado la corteza al pan. No le gusta cocinar, qué le va a hacer. Cada vez hay más gente a quien no le gusta cocinar. Ella come y cena cosas que ya estaban ahí; lo que le viene bien. A veces, filete. A veces, pan. Y a veces, nada. A menudo sucede que las personas que viven solas dejan de hacerse

la comida, lo ha oído en la televisión. Algunas no hacen la colada, lo llevan todo a la lavandería. A otras les roban y no lo advierten. En general, casi todas acaban por desentenderse de las cosas. Se olvidan. Se olvidan de limpiarlas. Se olvidan de que son redondas o cuadradas. Se olvidan de que están ahí. En su casa, muchos objetos hace tiempo que han perdido el protagonismo, son como actores secundarios, como extras que pasaban por allí. Con el transcurso de los años se notan ajados y pasados de moda. Un día, probablemente, acabarán por difuminarse y desaparecer.

Toma el café de pie junto al ventanal. Los niños del vecino ya se han levantado, ve sus espadas de plástico entrando y saliendo a través del brezo del jardín. ¡Chas! ¡Chas! Sus hermanas pequeñas juegan a ser princesas y hadas, pero ella es demasiado mayor. Se aburre. A veces le piden que sujete una muñeca, que empuje una silla o que alcance una pelota que se ha colado en el armario de las herramientas de papá. El vecino dice, niños, dejad de alborotar. El vecino es un hombre madrugador. Papá, en cambio, no se levantaba temprano porque a menudo regresaba muy tarde de trabajar. Vuelve de un viaje con una muñeca, una pámela, un reloj de pared. La muñeca es para Mim. La pámela para Lotta. A ella le trae el reloj. Es un reloj en forma de Mickey Mouse. Si se le desengancha la péndola, mueve enloquecidamente los ojos, al compás del segundero. Unos ojos de huevo. Seguramente es un reloj de los que vende él. Papá vendía artículos mecánicos. De repente, la figura de papá se aparece vivamente en su cabeza, como cuando estaba vivo. Sonríe. La mira con aquella mueca suya en la boca, se muerde los carrillos. Unos carrillos anchos, grandes; como todo en la cara de papá.

En su dormitorio se amontona la ropa tirada. El suelo está sembrado de pares sueltos de zapatos. Algunos están volcados, como si hubieran sufrido un accidente. Otros parecen a punto de echar a correr. Elige un par de color negro con un poco de tacón. Se los prueba. La puntera tiene los dedos marcados en la piel. Escupe y la frota con la manga del jersey, pero los bultos continúan sobresaliendo. Parecen jorobas. No tiene más zapatos negros de tacón. Puede ponerse los mocasines del trabajo. Pero no. No para ir a un funeral. El funeral de papá. ¿Por qué se preocupa tanto por lo que debería ponerse para ese funeral?

Suena el teléfono. Es su hermana Lotta. Le pregunta, oye, me dejas algo negro que ponerme. ¿Algo negro?, dice Lailja. Sí. No tengo nada negro para el funeral. ¿No vas a llevar algo negro tú? Ella contempla su propia figura en el espejo. Le parece vacilante. Los pies más grandes dentro de esos zapatos que le aprietan. Carga el peso de su cuerpo de una pierna sobre otra y dice, no lo sé. Al otro lado del hilo se escucha un silencio. Luego su hermana que dice, deberíamos haber ido a verle más. Lailja intenta descabargar el dedo meñique de su pie derecho del anular, pero el dedo ni siquiera se mueve. Oye cómo su hermana le da una calada a un cigarrillo. ¿Lailja? Lailja se quita el zapato y lo arroja por ahí. Luego hace lo mismo con el otro. Tengo una chaqueta, dice. Piensa que es negra, pero solo por casualidad. Al fin y al cabo, es verdad. Hace más de veinte años que no han visto a papá. Mamá, mucho más.

***OceanofPDF.com***

UNA VECINA ha venido a decir que hay fuego. Es de noche, va arrastrando los bajos de su camisón. Ni siquiera ha reparado en su cabeza. Ha salido de nuevo a la calle dando voces, el humo la hacía llorar, toser, cerrar los ojos, restregarse la nariz. Lailja mira por la ventana y ve a la gente correr. Señalando los tejados, desordenadamente, atravesando la calzada y volviéndola a cruzar. La vecina levanta los brazos y señala hacia ella mientras le habla a una anciana que pasa y que también va en camisón. ¿Es mamá? Lailja se restriega los ojos, todo el mundo va en camisón, la anciana se para en cada grupo y habla del miedo que le ha tenido siempre al fuego. Más que al agua, dice. Más que a una inundación. De lo fácilmente que puede perderlo todo una familia. Luego, súbitamente, apunta con el dedo hacia la ventana donde Lailja, oculta tras las cortinas, tira del cordón de la persiana con rapidez. Los muertos no corren. La imagen reflejada en el cristal no ofrece confusión: está calva. Jadeante, se mira las puntas de los pies. Unos pies fríos, enfundados en unas chinelas de pana con el talón pisado, grandes, como los de papá.

LES PREGUNTA a sus hermanas si van a venir a casa después del funeral. Sus hermanas alzan apenas la mirada. Los cuñados han estado hablando de fútbol, pero ahora permanecen callados, mirando el suelo de la cocina de mamá. Kristho quiere darles el pésame, dice Lailja. Ellas ponen cara de extrañeza, ¿Kristho? Lo hacen sonar como algo extraño. Lailja se levanta de la mesa y camina hasta la encimera de mármol de mamá. Abre un azucarero, lo vuelve a cerrar. La cocina de mamá está llena de trastos. A mamá le ha gustado siempre rodearse de utensilios. Sartenes antiadherentes. Robots multiusos. Juegos de cuchillos de filo y dentados con los que poder cortar cualquier tipo de material: carne, madera, acero, cristal. Algunos ni siquiera los llegaba a usar. ¿Dónde está mamá?, pregunta un cuñado. Llegarán tarde al funeral. Cuando ella era pequeña había en casa una máquina de helados, una palomitera, un almirez. Lotta no había nacido. Ni Mim. Durante un tiempo, mamá hacía helados solo para ella y para papá. Después nacieron las demás. Papá cultivaba un yogur turco en la nevera, en un tarro blanco de cristal que daba un poco de asco, que ninguna quería comer. Luego, cuando el yogur de papá se echó a perder, mamá ya no volvió a hacer helados. Siempre se quejaba de que papá estuviese fuera. La máquina de hacer helados se estropeó.

Había un molde rectangular, de aluminio brillante, que mamá usaba para hacer *plum cakes*. A papá le gustaban los *plum cakes*. Pero durante mucho tiempo, cuando mamá dejó de hacer *plum cakes*, se quedó guardado en el armario, junto a la heladera y todo lo demás. A veces, cuando Lailja era pequeña lo cogía todo para jugar. La máquina de hacer helados. El escurrer platos. El molde de hacer *plum cakes*. Luego se aburría y lo devolvía todo a su lugar. Los utensilios de mamá eran demasiado serios para jugar.

De la calle llega el sonido del camión de la basura; un cuñado sale corriendo a quitar su coche de allí. Lailja se sirve azúcar en el café. El

azucarero es viejo y está ajado. Piensa que ella lo habría tirado. Si no se van pronto no encontrarán sitio donde aparcarse, dice Mim. El azucarero derrama algo de producto por una grieta del borde. Lailja lo cierra. Dice, tenía mucho trabajo, por eso no ha podido venir. Quién, preguntan sus hermanas. Kristho, dice. Sus cuñados callan y luego vuelven a hablar. Por eso quería vernos después del funeral. Sus hermanas se mueven incómodas, no tiene que darnos el pésame ni venir al funeral, dicen después de un silencio. No les gusta hablar de sus cosas, ni que Lailja les hable a ellas de las suyas. Han cambiado. Cuando eran pequeñas siempre querían entrar en su habitación. Abrir sus cajones. Ponerse su ropa. A veces, Lailja notaba que alguna había hurgado en un baulito, o se había probado sus zapatos, y se lo decía a mamá. Mamá decía, son pequeñas, no lo ves. No las reñía. Ahora apenas sí se ven.

***OceanofPDF.com***

HAY UN RESCOLDO rojizo tras la puerta del jardín. Un cielo pintado de añil. Si mueve la mano, si mira a través de la estriada carnosidad de la piel, entre los dedos, sigue viéndolo todo dorado. Hace unas horas, él ha venido a decir que quería entrar. Ha llamado a la puerta, con su toque apurado, discreto, familiar. Ha dicho, déjame entrar, pero ella no le ha dejado. Ni siquiera ha permitido que advirtiese que estaba ahí, al otro lado del panel. La luz del farol se dejaba caer sobre sus hombros erguidos, cuadrados, como engulléndolo. Se ha quedado un buen rato allí de pie, bajo la luz del farol. Los mosquitos revoloteando alrededor de su cuello. Ella se ha pasado la mano por la cabeza y se ha sentido bien. No le ha hecho falta gritar. Pedir perdón. Llorar. El castigo por hacer lo que hizo no es lo que supuso al principio; la piel lisa, aterciopelada. Su cráneo desnudo expuesto al sol. El castigo tomó la forma de cañón, de catapulta orientada hacia el infinito. Luego, él ha seguido llamando hasta que una vecina ha venido a decirle que ya nadie vive allí. No es posible, ha pronunciado extrañado, mientras se volvía de nuevo hacia la puerta. A lo mejor la ha visto. A lo mejor la ha oído respirar al otro lado del panel. Pero no ha insistido más. Ha vacilado un momento, un par de segundos, nada más; y se ha marchado.

MAMÁ LLEVA el pelo peinado hacia atrás. Tiene el cuello doblado en forma de ese, las vértebras dorsales como una cremallera, muy salientes. Es muy mayor. Aun así, se mantiene erguida. Mira las vidrieras de la iglesia con sus ojos pequeños, azules. Las figuras planas, infantiles, quietas, que no transmiten nada, ni sentimiento religioso, ni miedo, ni solemnidad. El cristo que son dos maderos superpuestos formando una cruz. Dobla el cuello y echa la nuca hacia atrás. Su ropa huele a algo que se mete por la nariz. Poison. Toda la casa huele a Poison. Su habitación, el dormitorio de mamá, el de papá; papá sentado a los pies de la cama, mirándola, con los ojos entornados, expulsando el humo de su cigarrillo por los agujeros de la nariz. Lailja, oculta tras su hermana, permanece silenciosa. Se observa los zapatos. Le duelen los pies. Se pregunta si los demás habrán notado que lleva los dedos señalados en la piel. Pero nadie la está mirando. Al otro lado del pasillo, los familiares de papá se cogen las manos tras la espalda y escuchan al sacerdote con atención. Algunos tienen la cara tan grande como papá. Los recuerda vagamente. Pero a lo mejor no los recuerda y tan solo le resultan familiares porque se parecen a él. Lailja se pregunta cuántos de ellos le habrán visto durante las últimas horas. Cuántos le habrán tocado, palmeado la espalda. Cuántos habrán hablado con él. Por un momento teme verlo aparecer. Papá caminando con sus pasos decididos, clavando los talones. Pero es imposible, está muerto. Más de lo que lo ha estado ninguna vez. Y enterrado. Estar enterrados hace a los auténticos muertos más extraños aún. No conoce a nadie vivo que haya estado enterrado. No.

El cura levanta la hostia y una procesión de esfinges avanza por el pasillo hacia el altar. Sus hermanas se ponen de pie. Mamá va a comulgar. Mim la persigue, cojea por entre la procesión de esfinges y se reúne con ella frente al altar. Junta las manos sobre el pecho, baja los ojos, saca la lengua. El trozo de galleta es delicadamente depositado y ella dice amén. Regresa al

banco detrás de mamá, seguida de las máscaras inquietas, imprecisas, vagas, de los parientes de papá. Lailja se pregunta si debería haber comulgado, pero le asusta pensar en la hostia cobijada en su boca, por debajo de la lengua, entre los empastes de amalgama y el paladar. Se le revuelve el estómago. Cuando termina el responso siente una ligera indisposición. Aguarda a que se abran las puertas y sale corriendo a la calle. Vomita en el atrio, sobre un parterre. Aunque hace tiempo que no fuma, enciende un cigarrillo y aspira el humo con ansiedad. Está caliente; al pasar por su garganta le hace pensar en una larga enfermedad. Esputos y azulejos de hospital. Siente ahogo, dificultad respiratoria. A pesar de que el aire circula entre los árboles dándole al ambiente un poco de frescor, a ella se le pega la piel a la cara.

Por la calle, sin dirigirles la palabra, se alejan los familiares de papá. Se acerca una señora mayor. Habla con mamá y luego, con pasos angustiosamente lentos, se dirige a las hermanas. Les pregunta por sus hijos. Por sus esposos. Por sus trabajos. Cuando le llega su turno, Lailja dice que no tiene hijos, trabaja en un colegio, hace quince años que se separó. Los pliegues de la boca le duelen de tanto sonreír. Mamá insiste en ver al sacerdote. Se comporta como si realmente lamentase la muerte de papá. Lailja pregunta a sus hermanas si está bien. Lotta habla de su perro. Mim dice, no debimos venir.

BAJO EL TECHADO, las hermanas miran las fotos del viejo álbum familiar. La tarde es buena. El verano está acabando, pero aún hace calor. El sol se posa en el horizonte, tras unas nubes incendiadas y, sobre sus cabezas, unos pájaros sobrevuelan gritando la urbanización. En ese momento, a Lailja le gustaría estar lejos. De vacaciones. Lamenta que su padre haya muerto, pero sobre todo lamenta que lo haya hecho en verano. Sus hermanas han tenido vacaciones, piensa, ella no. Le habría gustado ir con Kristho a algún lugar. Kristho y ella tumbados en una toalla. Kristho y ella visitando monumentos. Kristho tomándole una foto apoyada en la cornisa dentada de una almena, silbante, contra el viento, mirando abajo los pasos pequeños de la gente, ínfimos, una manchita nada más. Pero no han tenido tiempo. En cambio, allí está, frente al mustio jardín, apurando junto a sus hermanas las últimas horas de luz. En la mesa, los restos de la merienda, leche, envases vacíos de mantequilla, pan. Agrupa unas migajas con el canto de la mano y las barre hacia sí. Cuando llegan al borde de la mesa las vierte sobre la otra mano y las arroja en el césped. Mirad aquí, dice Mim. Está inclinada sobre el álbum. Señala una instantánea amarillenta con las esquinas rizadas que empieza a despegarse del cartón. Aquí. Esa soy yo. Alguien está segando un jardín, hasta ellas llega el sonido de un motor. El jardín de Lailja está descuidado. Hay tréboles, malas hierbas. Mira al norte, por eso siempre está encharcado. Da igual que lo riegue poco o que lo riegue demasiado, el terreno no drena y el césped se quema a la menor ocasión. Hace tiempo, cuando aún se ocupaba de él, cavó un hoyo para plantar unas flores. Había hundido la pala unos pocos centímetros nada más cuando golpeó algo muy duro. Continuó cavando. De la tierra salían lombrices, cuerpos de anillos sonrosados que se retorcían como intestinos. Al final lo sacó. Era una caja de hierro; renegrida, oxidada. No la pudieron abrir. Estuvo mucho tiempo en el jardín, sin que nadie supiera qué había dentro. Un día, su hermana

Lotta vino con una barra de acero y la forzó. Dentro había una medalla, unas monedas, un carné. Quién sabe cuántas cosas más habría enterradas allí, le dijo a Lailja. Hay gente que entierra sus muertos en el jardín. Eso que decía no tenía sentido, le dijo Lailja a su hermana. Esa casa la habían estrenado ella y Noelle. No puede haber nadie enterrado aquí.

A lo lejos, se oye una paloma zureando y la aspersión que barre el césped recién segado de un jardín. Lailja enciende un cigarrillo. Mim se apoya sobre la mesa y dice, esa que me lleva de la mano es mamá. Las tres se inclinan a mirar. No, dice Lailja. Es la mano de papá. Mim se aparta. Una mosca que ha salido espantada se posa sobre el mantel. Lailja la observa. Cuando era pequeña, mamá le contaba historias. Aún no habían nacido las demás. Le hacía coletas. Le leía cuentos, hablaba bien de ella a sus amigas. Después, ya no. Lotta dice, Lailja, tú no sales en las fotos, fíjate. Lailja mira, es verdad. Era demasiado mayor, murmura Mim. La mosca frota enérgicamente sus patas, como impaciente por desprenderse de algo. A continuación, echa a volar. Lailja la sigue un instante por el techo, en donde ya no hay más que sombras. El farol flota en una masa vibrante deformando la oscuridad. Se levanta a encender la luz. Cuando vuelve, sus hermanas también se frotan las manos. Mim dice, Lailja, tenemos que hablar. Se aclara la garganta, espanta la mosca —quizá otra mosca—, que se pierde en la niebla oleosa del jardín. Se trata de mamá, dice Mim. ¿De mamá?, pregunta ella. Todo era mucho más exótico cuando ellas no estaban allí. Los trastos de mamá. Los príncipes y las princesas de los cuentos. Papá, con su traje de ir a trabajar. ¿Está enferma?, les pregunta. No le pasa nada, dice Mim, está bien. Hay una miríada de mosquitos revoloteando alrededor del farol. Se está haciendo mayor, y ni siquiera tiene empleada. Desde los mareos no debería vivir sola. ¿Qué mareos?, pregunta Lailja. Lotta dice, ni siquiera sabes que se marea mamá. Es por la tensión. ¿Por qué crees que lleva bastón? Mim suspira, la mira, pero luego aparta la mirada y dice, quiere venir a vivir aquí. Los mosquitos han invadido el jardín. A Lailja le gustaría ir a por el fumigador, pero sus hermanas se han puesto muy serias. Lotta se observa una uña. Mim aguarda. Contigo, dice. ¿Conmigo? Lailja mira primero a Lotta y luego a Mim. Tú tienes la casa más grande, dicen las dos, y estás sola. Es pequeña. Mamá ha salido y Lailja registra su

habitación. Se pone sus zapatos. Imita su andar por el pasillo; los hombros erguidos, los muslos apretados. Es pequeña y le gusta parecerse a mamá. Hasta que un día mamá la vio y se enfadó. Lotta dice, siempre te quejas de que estás sola, Lailja. Es verdad. Es verdad que está bastante sola. Pero eso no quiere decir que siempre lo haya estado. O que lo vaya a estar. Pues ahora puedes vivir con mamá.

***OceanofPDF.com***

## II

***OceanofPDF.com***

CUANDO LAILJA ABRE la puerta de casa nota que algo no va bien. En cuanto pone el primer pie en el vestíbulo lo nota. Lo huele. Puede olerlo, como se suele decir. Aún no se ha acostumbrado a encontrarse las cosas de mamá en el pasillo, apoyadas contra la pared. Una maleta de piel que tiene los herrajes estropeados. Una banqueta para llegar a los altillos. Una caja llena de rulos cilíndricos de color rosa con agujeritos y pinchos que se clavaban en la frente de Lailja cuando de pequeña se los ponía para jugar. Atraviesa el vestíbulo sorteando bolsas de plástico llenas de servilletas y manteles, y una caja de cartón con zapatos de mamá, casi con miedo, temiendo encontrarse con algo. Un ladrón. A mamá muerta y degollada.

¡Mamá!, llama. ¡Mamá!

Echa mano de su bolso y se aferra a él. Mamá está rara desde que ha muerto papá. Dice cosas extrañas, algunas sin sentido. Tu padre no viene a comer. Como si papá aún estuviese vivo. Como si lo hubiera estado alguna vez. Otras veces dice, qué duro ha sido perderle. Qué difícil va a ser acostumbrarse a estar sin él. Sin él. Lailja y sus hermanas se miran entre sí y asienten; no le llevan la contraria. Han hablado de llevarla a un médico, a un psiquiatra. Pero Mim se echó atrás. Dijo que mamá estaba bien. Que aquello no era más que el *shock*. Empleó aquella palabra técnica a pesar de que no es médico, sino una simple ama de casa. *Shock*. Pero nadie se lo discutió. Después, mamá se empeñó en vender su casa. La casa familiar. En contra de lo que cabía esperar, ninguna de sus hermanas se opuso. Así que Lailja tampoco. Un cuñado supervisó la operación.

Mientras avanza con sigilo agarra lo primero que se encuentra: el bastón de mamá. Está en una esquina del pasillo, apoyado en la pared, donde mamá lo deja siempre. Lailja suelta el bolso y se aterra a la empuñadura en forma de interrogación. Se detiene frente al espejo del vestíbulo. Dos ojos que la observan. De pequeña, mamá le limpiaba las uñas con un cepillito de

hierro que sacaba de un estuche. Un par de este lado, y otro más del de allá. Es ella. Hebras de pelo rojizo pegado a la frente. El estuche tenía un espejito que ya estaba roto cuando ella nació. Ocho nudillos amoratados en torno a la interrogación. Mamá decía que se cayó y se rompió. La puntera de sus botas de piel vuelta, empapada y más oscurecida que todo lo demás. Era un estuche tan bonito que, cuando mamá no estaba, Lailja lo buscaba en su cómoda y jugaba a escondidas con él. Intentaba frotarse las uñas con el cepillito de hierro. Una vez se cortó.

¿Qué hará si encuentra muerta a mamá?, se pregunta. En su casa. Mientras ella ha estado fuera. ¿Qué les dirá a sus hermanas? ¿Qué pensarán de Lailja si se muere mamá? Puede oír a Mim echándoselo en cara. Nunca la perdonará. Mim no puede vivir sin mamá. Como si no hubiera tenido bastante con lo de papá, le dice, con la vida que ha llevado. ¿Qué vida?, le pregunta Lailja. ¿A qué se refiere? ¿Qué quiere decir?

Cruza el dedo índice y el corazón y se hace mentalmente la promesa de ser más paciente si encuentra sana y salva a mamá. Una vez, mamá fue a un hospital. Papá dijo que no estaba enferma, sino que iba a tener un bebé. Pero eso a Lailja le dio igual. Para ella era lo mismo que si lo hubiera estado. Muy enferma. Se había ido, y cuando papá la llevó a verla, no le permitieron entrar. Ella no es responsable de mamá. Un bebé de mucho pelo con los párpados arrugados, envuelto en una toquilla, la miraba desde el otro lado de un cristal. Papá decía, qué linda es, ¿verdad? No, no era verdad. Era Mim. Y mientras tanto, mamá estaba en una cama de sábanas tiesas, con los ojos cerrados, y el embozo por debajo de la nariz. Ella no la ha matado. Ella la ha acogido en su casa. Allí están sus cosas, en el pasillo, para probarlo. Su bastón en el paragüero. En el cuarto de baño de la primera planta, perfectamente alineados, sus medicamentos para la tensión. Eres la única de las tres que vive sola, no te puedes negar. Sus hermanas, qué saben. Puede que sea la única que está sola en este momento, pero eso no quiere decir que siempre lo haya estado, o que lo vaya a estar. Está Kristho. Y una vez tuvo un marido. Mamá no se va a morir.

Algo se mueve en el comedor. Quizá hayan entrado por la puerta del jardín. Quizá se hayan llevado a mamá. Quizá alguien que no tiene madre y quiere conseguir una a toda costa para sí. Alguien que creció en un campo

de maíz, con el maíz llegándole por los ojos, tapándole la nariz, tanto maíz que no le dejaba respirar. Quizá tenía ya preparada una casa con chimenea para ella, con mueble bar. Una casa llena de esquinas y puertas que mamá podrá abrir y cerrar.

Las cortinas de la sala se mueven, Lailja se agarra más fuerte a la interrogación. Se detiene y traga saliva. Espesa y grumosa, como chocolate caliente, desciende por su garganta con dificultad. Se oye jadear. Empuja la puerta con el pie y se prepara para lo peor. Allí está, atravesado en la alfombra. Los músculos se le relajan tan de golpe que se siente hecha solo de carne. En el tórax algo se detiene, el aire, la respiración, riéndose de ella, y continúa después. Tan de golpe que se siente desfallecer. ¿Qué hace allí ese sofá? ¿Cómo ha llegado a casa el destripado y correoso y viejo y olvidado sofá de papá?

***OceanofPDF.com***

HA LLAMADO TAN temprano que Lailja no ha tenido tiempo de vestirse. Se llama Mircea. Mircea, se ha presentado, sin estrecharle la mano, sin mirarla, simplemente dando un paso y situándose en el centro de la habitación. Dentro de la casa. No parece extranjero, sino un hombre de aquí. Lleva una raída americana de cuero que hace pensar en refugiados políticos, eso sí. También su acento lo hace pensar. Son las ocho de la mañana y Lailja siente un poco de frío, debajo de la bata solo lleva el camisón. Se trata de la buhardilla, le dice. Él la mira sin contestar. Por la calle pasa el camión de la basura, se ha retrasado hoy. Mi madre quiere vivir allí. Le ha mirado la cara y luego el pecho. Lailja cierra su bata, que ya estaba abotonada, y toma de la repisa la figura de porcelana de un Pierrot. Habría que acondicionarla, dice, hacer una habitación. Una cocina y un baño. Fuera se oye el impacto del contenedor de basura contra el chasis del camión. Él tose con una tos carrasposa y se restriega la barba. ¿Vive sola?, le pregunta. ¿Sola?, repite ella. El camión se aleja calle abajo. Lailja aprieta el Pierrot en la mano y mira por la ventana hacia el jardín. Como es otoño, las ventanas de las casas permanecerán cerradas. Debería haberle dicho a alguien que ese hombre iba a venir. Pero no lo ha hecho. Una mujer sola debe enfrentarse sola a los vendedores de libros, a los pedigüeños, a los que preguntan por una calle o a los testigos de Jehová. No, contesta. Ya le he dicho que mi madre vive también aquí.

LOTTA Y MIM juegan a dar volteretas en el despacho de papá. En el despacho de papá se ve la tele cuando él no está. También se hacen los deberes. Las más pequeñas juegan a hacer caravanas de muñecas en la alfombra, enlazando los tiesos bracitos de plástico de unas en los pelos ensortijados de las otras, alrededor de la mesa baja de cristal, bajo los travesados de las sillas y entre los artefactos mecánicos que vende papá. A veces, dan volteretas en el sofá usando uno de los brazos como trampolín. ¡Ahora yo!, grita Lotta. ¡Ahora yo!, grita Mim. Lailja las oye pero no las mira porque está viendo su serial favorito en la televisión. Una criatura mitad hombre mitad bestia que vive en las alcantarillas de Nueva York se enamora de una fiscal. A veces, sus hermanas no la dejan oír. Pero no necesita oír. La bestia se llama Vincent. Tiene cuerpo de hombre y cabeza de león. El pelo largo. Viste ropas antiguas. Quizá no sean antiguas, sino harapos; pero se parecen mucho a la indumentaria de la gente de las películas de época. Botas hasta las rodillas. Camisas acabadas en cordones sin abrochar. Larga capa hasta los pies. La fiscal es guapa y muy buena. Lailja oye a sus hermanas y siente lástima por ellas, aún les faltaba tanto para saber qué es el amor. Oye sus gritos y sus cuerpos chocando contra el crujiente cuero del sofá. Suena como dar bofetadas. No le importa, ella es demasiado mayor para jugar. Si mamá pasa por allí, las mira un momento en silencio, como sopesando alguna cosa, como sopesando si reñirles o no, y luego sigue su camino por el pasillo con el cesto de la ropa sucia bajo el brazo. Vincent, que vive torturado por su origen, salva continuamente de algún peligro a la fiscal. La toma por la cintura, como si fuera una brida, y la eleva del suelo acercándola mucho hacia sí. A veces, su melena roza muy de cerca la cara de ella y la fiscal le mira, pero Vincent aparta la suya, como si le avergonzara ser así, medio hombre, medio no. Entonces Lailja siente el mismo cosquilleo que cuando se aúpa en la barandilla de la terraza para ver

jugar a los chicos en el aparcamiento de atrás. Tiene catorce años, siete más que Lotta, cuatro más que Mim. Todas ellas miran la tele a esa hora y si ven a Vincent se ponen a jugar. No entienden nada. Los chicos se persiguen frenéticamente en el aparcamiento de abajo, Lailja oye el impacto de las suelas de sus zapatos contra el pavimento, los oye gritar. Es el intermedio y en la tele suena ahora la música de un antiguo anuncio de abrillantador. Las imágenes se estrellan contra la mesa de cristal. Si no usa Dilux, ¿de qué se queja? Dele Dilux, saldrá mejor. ¡Ahora yo!, grita Lotta. ¡No, ahora yo!, grita Mim. El despacho de papá, que es bastante pequeño y está lleno de cosas de las que vende papá, y por eso a él no le gusta que jueguen en él, se llena de repente de un silencio presagiados Lailja debería haber estado vigilando. Pero en cambio, se aplasta contra el asiento tapizado de la silla giratoria de papá, apretando mucho los muslos, la frente húmeda de sudor. Un anuncio de vacunas. Un perro mirando un pastel. La luz metálica reflejada contra el cristal de la mesa. Si una bestia la cogiera así a ella, ¿qué diría mamá? Pero no le da tiempo a pensar más. El ruido de cristales rotos es ensordecedor. Los chicos, en el aparcamiento de abajo, paran de correr. Luego, inmediatamente después, las carreras de mamá por el pasillo. ¡Qué ha sido eso!, con un jadeo en su voz. Los ojos abiertos como platos cuando entra en el despacho de papá y ve a Mim. ¡Dios mío!, con las manos en la cabeza, ¡Mim!, mientras aparta los trozos más grandes de la mesa de alrededor del cuerpo de Mim. Mim tiene el vestido manchado de mocos y sangre. Lloro. ¡Mi pierna! ¡Mi pierna! Mamá le dice, no llores, rescatándola de entre el mar de cristal. Lotta llora también, pero mamá no hace caso. Se vuelve hacia Lailja, que tiene en la mano el mando a distancia del televisor, y le dice, eres la mayor, es que no estabas vigilando. Lailja se encoge de hombros. La bestia acaba de empezar y siente, contra su voluntad, cierta agitación interior. Apaga eso, le ordena mamá. El dedo de Lailja se mueve, pero el botón no aparece y Vincent pone su mano enguantada sobre la de la fiscal. No es nada, dice mamá a Mim. Después, a ella, no me has oído, Lailja. Apaga eso y ve a buscar a papá. Vincent le besa la mano. A Lailja el mando a distancia le resbala, ¿yo? Mamá está a punto de llorar. ¡Haz lo que te digo! ¡Ve a buscar a papá!

POR LA MAÑANA, mamá se despierta antes que ella. Lailja puede oírla en el cuarto de baño del pasillo, cepillándose los dientes, abriendo el grifo de la ducha y entrando trabajosamente en ella, para haberse resbalado en la bañera y haberse caído, que ya es muy mayor. Luego, mamá sale vestida del cuarto de baño —nunca la ha visto salir en toalla o albornoz—, oliendo a Poison, el perfume que le gustaba a papá, y abre la ventana de su alcoba para que se airee la cama mientras baja a preparar el desayuno para Lailja y para ella. Luego desayunan las dos. Lailja, sentada con los ojos caídos y mirando de cuando en cuando el reloj encima de la nevera para no llegar tarde a trabajar. Mamá pelando unas patatas, o troceando unas judías, o cortando trozos de carne roja por las junturas blancas de los nervios. Después limpia hasta la hora de comer. O hace labor.

Por la noche desmenuza pescado para hacer un pastel. Lailja tiene tanta hambre que se comería un ternero. Se comería cualquier cosa. En realidad, es lo que haría de no estar allí mamá. ¿Quieres unos pepinillos?, le pregunta. Pero mamá no hace caso. Noelle me habría dejado tenerlo, protesta. No digas bobadas, dice Lailja. Ese sofá era de tu padre, insiste mamá. Lailja se encoge de hombros, al tiempo que siente en el vientre un retortijón. Y qué, dice comiendo un trozo de pescado crudo. Mamá la mira espantada, quién sabe por qué. Lailja, acaba de dejarnos, muestra un poco de respeto por él.

Cuando Lailja era pequeña a veces ayudaba a mamá. Si una vecina llamaba, las tres pelaban patatas o troceaban judías o cortaban la carne, Lailja también. Y también participaba en la conversación. La vecina, por ejemplo, decía, qué servicial que es. Y mamá sonreía y la miraba, y asentía. Luego, cuando nació Mim, Lailja tenía que ayudar a mamá quisiera o no. Mim estaba en la alfombra, golpeando una sonaja, babeando, y Lailja tenía

que recoger las migajas de las magdalenas y pasar la bayeta por el hule para limpiar los rodales que dejaba la taza de café de papá.

Era un hombre comprensivo, dice mamá. Noelle, quiere decir. Lailja se decide a abrir por fin el bote de los pepinillos, no sabe a qué viene hablar ahora de Noelle. Están dulces. El sabor le hace cosquillas en la lengua. Se cobija en ella, como un pájaro arrebuajándose en su nido. Casi le da pena tragar. Era mi yerno, dice mamá. Traga finalmente para despegarlo del paladar. El sabor se convierte en algo sólido, caliente, que hace que palpите su estómago y se haga corpóreo, como un ratón vivo entre las manos. Eso fue hace casi veinte años, le dice a mamá. Lo sé muy bien, dice mamá. No creo que olvide nunca aquella temporada. Solo Dios sabe cuánto rezaba para que te levantasess por la mañana con la cabeza despejada.

Noelle le llevaba bollos a la cama que iba a comprar a un horno de leña cerca de la urbanización. Tenía los ojos pequeños de leer un papel pespunteado lleno de códigos cifrados que solo él entendía y que decía que se llamaba lenguaje de programación. En la universidad siempre iba solo, cargado con pliegos de ese papel. De vez en cuando, por las mañanas, se cruzaba con un compañero en el pasillo que le preguntaba alguna cosa. Si Lailja iba con él, se hacía a un lado y escuchaba. ¿Has terminado el trabajo de computación? Nunca eran mujeres, siempre hombres. Noelle decía que sí. Siempre lo había terminado. Todos llevaban el pelo demasiado largo y tenían los hombros caídos, como él. Ninguno era guapo. A ella evitaban mirarla a los ojos. Luego, Noelle y ella iban al cine, o de paseo, o a un *pub*, y él la acompañaba a casa en el coche de su padre, un modelo de segunda mano, en el que, más adelante, fueron también a ver viviendas piloto, antes de casarse, en las afueras de la ciudad. A Lailja acababan de decirle que tendría que examinarse en diciembre de la última asignatura si se quería licenciar. Sus amigas habían aprobado todas, algunas tenían ya planes de trabajo. Ella tendría que esperar. Qué importa que tengas que esperar, le dijo Noelle, no es para tanto. Habían ido a mirar la casa piloto de una urbanización. De todas formas, yo ya tengo un trabajo, tenemos bastante para empezar. En la parte de atrás de la casa había un jardín. Del cielo llegaban señales luminosas, el sol reflejado en el fuselaje de un avión. Las chicharras zumbaban entre las hojas, bajo los huecos de las piedras. En el

suelo había hormigas que se les subían a los pies. Yo quiero trabajar, le dijo a Noelle. Si suspendo no podré presentarme a la oposición. Noelle dijo, si te gusta la casa la compramos. Bueno, le dijo ella.

Se estira para alcanzar un pepinillo, mamá la mira con desaprobación. Comes muy mal, le dice. Lailja se mete el pepinillo en la boca. Desde que has venido a casa tengo más hambre, le dice a mamá, nunca había comido con tanta ansiedad. Así que yo tengo la culpa. Es algo extraño, como siga comiendo así va a engordar. Ese sofá tiene un valor sentimental, dice mamá. ¿Cómo dices?, le pregunta Lailja. Mamá se seca las manos en el delantal y se sienta en la mesa frente a ella. El horno, a su espalda, está abierto, preparado para recibir el pastel. Tuvieron que regatear con el vendedor. ¿Por qué no mete el pastel en el horno y así podrán cenar? Era un cara, dice mamá, quiso timarlos con el precio. Lailja mira de reojo el reloj en forma de plato de la pared. Las nueve. No tan tarde, piensa. Sin embargo, tiene tanta hambre que las tripas le rugen. ¿Me estás escuchando?, pregunta mamá. Lailja contesta que sí. A mamá le gustaba el sofá, papá trató de convencerla de que se lo llevasen al precio que decía el vendedor, pero mamá dijo que no. Si ahora le dice a mamá que no tiene ganas de cenar, se enfadará. Que puede pasar con cualquier cosa. Unas palomitas, un trozo de pan, un pepinillo. Algo rápido y frugal. Mamá, una máquina de bombear comida. Una bomba que envía alimento a través de sus conductos. Tuberías. Válvulas. Sumideros. Lailja, tan solo un desagüe más. Mamá, la dueña de espitas y grifos. Abierto. Cerrado. Solo tiene que estarse quieta y resistir. No podían dejar que se saliese con la suya, dice mamá. ¿Qué? No se hubiesen quedado tranquilos. Por fin mete el pastel en el horno. Lailja aprovecha el momento para coger otro pepinillo del envase y llevárselo a la boca con ansiedad. Papá amenazó con llamar a la policía y el vendedor se lo dejó por la mitad. Mamá cierra el horno y se vuelve. Comprenderá que quiera quedarse con él, dice, es una cuestión sentimental. Ajusta el termostato y programa quince minutos en el temporizador. Quince minutos, piensa Lailja. Se morirá de hambre.

UN BLANCO RAYO de sol penetra oblicuo por la claraboya entornada. El viento hace revolotear el polvo, los hilos de una telaraña. Suena como en una película de terror. Mircea le da una calada al cigarrillo, lo mira, lo apoya sobre el filtro, vertical, encima de la repisa del radiador, y se remanga. ¿Ha terminado?, le pregunta Lailja. Ha traído su herramienta. Así lo ha llamado él. Un bolso viejo de cartero, remendado, lleno de rotos. Utensilios manchados de yeso. Pintura. Una máquina pesada que ha subido solo hasta allí. Dice que la buhardilla está muy mal. Hace solo cinco meses que está aquí, dice también, en el país. Las cosas no marchaban bien en el suyo. Pero al menos era el suyo. Lailja no sabe nada de política. No sabe nada acerca de su país, salvo que todo el mundo se va. Pero no le dice nada a él. Piensa que hubiera debido llamar a su hermana para que alguien supiera que el albañil empezaba hoy a trabajar.

Mircea se agacha a coger algo del bolso, un escalpelo, un destornillador, con sus dedos callosos, y se yergue despacio. Su arrogancia es insólita, piensa Lailja, casi animal. Es pobre. Está sucio. Es uno de esos hombres que duerme sobre el suelo frío, sin luz. Lailja puede imaginarlo. Se tiende junto al cuerpo desnudo de una mujer, sobre el cobertor. Es medianoche. Ella se queja cuando la ululante sirena de un coche de policía asciende por la calle y él jura. Es una puta. Mircea cruza los brazos, unos brazos fuertes, velludos, y mira por la claraboya al exterior. En algunas cosas, dice, este país se parece mucho al suyo. Lailja le observa con prevención. Parece que lo dijera enfadado. Dos arrugas le atraviesan la frente; una, muy profunda, le parte el entrecejo en dos. Toma el cigarrillo de la repisa del radiador y se lo pone de nuevo en los labios, mientras aprieta su mandíbula fuerte, de forma cuadrada, y baja los ojos azules a los pies. No es su país, dice, pero todos los países se parecen.

Unos pájaros se han posado en el tejado, muy cerca de sus cabezas. Andan unos pasos por encima de las tejas y se van. Lailja no sabe qué decir. Se frota las manos, nerviosa, y luego las oculta en los bolsillos. Mircea dice, la casa entera está mal. ¿Mal?, repite ella. Si quiere, yo arreglo la casa por poco dinero. La buhardilla y todo lo demás. No, dice Lailja. No creo que haga falta arreglar lo demás. Que no, dice él. Mira. El cigarrillo baila en la comisura de su boca. Levanta una tablilla del suelo con la punta del zapato y revuelve la tierra de debajo con el tacón. Lailja lo observa intimidada. La ceniza cae al suelo. Da un paso hacia atrás. Se pregunta si le guardará rencor por ser de aquí, por ser de otra clase social. Quizá lo ha pasado mal. Quizá lo encerraron al llegar al país. Al lado de un somier desnudo, un retrete y un lavabo. Cuando vinieron a buscarlo sintió vergüenza de sí mismo, de cómo había quedado la celda, de lo que dejaba tras de sí. Solamente la buhardilla, dice Lailja. Para que mi madre viva allí. Mircea se encoge de hombros y arroja al bolso la herramienta. Aplasta su cigarrillo contra la repisa del radiador y dice, qué es eso de ahí. Lailja mira hacia abajo. Se refiere a la caja de arena del gato de mamá. Se lo explica. Mircea mira la caja y la toca con la punta del pie. Extrae su cinta métrica del bolso y mide con ella la distancia entre el suelo y el techo. Luego, entre una y otra pared. Lo apunta todo en su cuaderno. Tiene muchos libros, observa. Lailja echa un vistazo alrededor, sí, soy maestra, dice. Mircea sonríe y repite, maestra.

UN NATURÓPATA SALE en las noticias de la noche y dice que los hábitos alimenticios tienen mucho que ver con cuestiones de índole emocional. La primera vez que vomitó, Lailja tenía diecisiete años. Era ya mayor. La piel se le puso amarilla y se le retiró la regla. El pelo se le caía. Era difícil engañar a mamá. Algunas veces era tan difícil engañarla que prefería no hacerlo. Salía del baño oliendo a vómito. Se lo retiraba de la boca con la manga del jersey, nada más. Sus hermanas seguían mirando la tele con los tenedores dentro de sus platos de postre, donde mamá les había servido dos piezas brillantes de melocotón, los tres pinchos del cubierto sumergidos en el zumo. Tenía la garganta tan ahíta como si hubiera estado gritando, ahogándose en el mar. Querría haber podido restregárselo a mamá por la nariz, su olor a filete vomitado. ¿Se enfadaría? ¿La obligaría a ir a ver al psiquiatra? ¿Al hospital? Pero mamá no le presta atención. Simplemente la mira con los ojos entornados y después se sacude el pelo de la cara, sin tocarlo, y continúa retirando los platos de la mesa y llevándolos al fregadero para que ellas los laven después de comer.

El naturópata dice que comer mal es síntoma de nubes en el horizonte de la psique. Dice que engordar es fijarse en una conducta perniciosa. Y adelgazar, en cambio, abandonarla. Avanzar. Sobrevolar las nubes. Lailja sube el volumen del televisor. Haga una dieta equilibrada, dice el locutor. Y luego, recomienda las alcachofas. Dice que son un ejemplo de dieta equilibrada, una medicina natural que estimula la producción de cinarina, que favorecen la digestión.

Lotta viene a traerle a mamá sus pastillas para la tensión. Lleva puesto un abrigo de pelo rizado, como una peluca con mangas. Qué es todo eso, pregunta. Alcachofas, dice Lailja. Lotta coge una con la punta de los dedos y la observa con curiosidad, pero si ya nadie las come, dice. Le tiene manía a lo antiguo. Quiero adelgazar, contesta Lailja, estoy engordando desde que

mamá está aquí. Otra vez con eso. Ten cuidado. Deja la alcachofa y suelta su bolso en la encimera, un bolso que parece hecho con tapones de champán. Le dice, apúntate a clases de *gim-jazz*. A Lotta le gusta lo moderno. Se pinta las uñas de rojo, orillando las puntas de otro color. Se tiñe el pelo. Lleva vaqueros ajustados y zapatos de tacón. Cuando era pequeña salió elegida en un *casting* de bebés. Puede ser que lo haga, dice Lailja. Cuando nació, Lailja parecía una bola de carne, se lo ha dicho mamá. Era pequeña y colorada, llena de pliegues sanguinolentos. Fue la más fea de todas y la que tardó más en nacer. Luego cambió. Lotta es un poco alocada. Llevaba cinco años casada cuando decidió que se iba a esterilizar. Todas se sorprendieron. Mim le dijo que se iba a arrepentir, mamá no. Mamá dijo, Lotta es una persona independiente, dejadla en paz. Estaba preparando mermelada de pera para envasar. Pero nunca podrá tener hijos, le dijo Lailja, es irreversible una esterilización. Mamá le quitó la simiente a una pera, se secó las manos en el delantal y dijo, y qué. En la vida no todo es tener hijos.

¿Te has comprado un sofá?, le pregunta Lotta. Echa la cabeza hacia atrás, aparta una silla, se sienta. Lailja se queda mirando a su hermana con el corazón de una alcachofa en la mano. Es el sofá de papá. ¿El sofá de papá? Mamá quiere quedarse con él. Lotta dice, ah. Lotta llegó después de Mim. Cuando nació, hacía mucho tiempo que mamá había dejado de ser ella. Después era distinta. Le ha dado por decir que tiene valor sentimental, le dice Lailja. Lotta se ríe echando la cabeza hacia atrás, será algo que le ha dado, ya se le pasará. ¿Ya se le pasará? ¿Y si no se le pasa? Mamá la obligó a ir a un médico. Le hicieron pruebas. Le preguntaban por qué no quería comer. Mamá le preparaba platos ricos, succulentos, pero no la obligaba a comérselos. No cabe en mi comedor, le dice Lailja, y es viejo y feo. Lotta se encoge de hombros. Cuando era pequeña mamá le cepillaba el pelo, un pelo largo y rizado, como una cascada de corazones. Siempre la estaba besando. Al principio las besaba a todas, pero un día dejó de hacerlo, siempre estaba lejos, como si se estuviera yendo. Súbetelo a la buhardilla, sugiere. El sofá. Si yo tuviera una buhardilla tan grande como la tuya, lo subiría allí. Si yo tuviera una casa tan grande como la tuya no me preocuparía. Pensaba que Lotta era la más guapa de las cuatro. Pero papá prefería a Mim. No lo decía,

pero todas lo sabían muy bien. Sin embargo, piensa ahora Lailja, Lotta está hueca por dentro. Y Mim, coja. Para ti sola, te sobra espacio, dice su hermana. Puede que no siempre esté sola, contesta ella. Bueno, pero mientras lo estés...

Ya. Pero mientras lo esté...

***OceanofPDF.com***

EL DESPACHO DE Kristho es el más lujoso del colegio. Las paredes no tienen desconchones como las de las aulas o los pasillos o la sala de profesores o el bar. El suelo es de madera brillante, y no de ese terrazo frío y viejo que siempre parece estar sucio. A Lailja le gusta estar allí. Sentada en el sillón de las visitas, no necesita levantarse y estirar el cuello para mirar por el amplio ventanal. Al otro lado, los suburbios, una grúa, los contornos de una montaña de arena. Parece el decorado de una función teatral. El troquel de las farolas en el celuloide de la noche y coches subiendo y bajando por la cremallera de la vía de circunvalación. En el cielo, una especie de lametazo blanquecino empaña la luz de las estrellas.

Kristho levanta la cabeza de sus papeles y dice, qué hora es, mirando su reloj, y luego se muerde una uña. Tiene unas uñas primorosas. Bien cuidadas, sonrosadas, con una cutícula blanca en forma de media luna y de tamaño regular. Son las uñas de un pianista. O de un cura. O de un vendedor. Lailja siempre se lo está diciendo. Tienes unas uñas preciosas. No digas tonterías. Pero es verdad, déjame verlas. Un hombre con unas uñas así es un hombre en el que se puede confiar. Terminó esto y nos vamos, dice él. Nadie en el instituto sabe que mantienen una relación, Kristho no es partidario. Cuando llegó al instituto todos los profesores decían que era un hombre conservador. Lailja retrasó sus vacaciones para ayudarlo a instalarse. Le puso al corriente de los horarios. Le presentó a los bedeles. A los otros profesores. A los empleados de la limpieza, de la biblioteca, del bar. No tenía por qué hacerlo, pero así se lo hizo creer a él. Había reservado plaza en un viaje programado al sur de Italia, con otras personas de su edad, en su mayoría matrimonios, pero no le apeteció ir.

¿Te he hablado del sofá?, le pregunta. ¿Qué? Kristho se reclina en su asiento sin apartar la vista de los papeles, y se golpea en los dientes con el capuchón de su pluma. Era de mi padre, dice ella, mis hermanas jugaban a

dar volteretas encima de él. Una vez, Mim se cayó. Lailja se muerde una uña, se recoge en el asiento. Recuerda un día, cuando era demasiado pequeña como para entenderlo, en que papá le dijo, no dejes que un hombre te diga siempre cuándo hay que hacer el amor. ¿Un hombre? ¿Qué hombre? Otra vez le mostró los genitales masculinos en un dibujo del atlas universal. Después de enseñarle el colegio, Lailja llevó a Kristho a conocer los alrededores. El pueblo. El palacio del siglo XIX. El cuartel de la policía con las casas de los policías alrededor, donde las mujeres de los policías hablaban mientras los niños correteaban entre los coches celulares dándole patadas a un balón. Las urbanizaciones, todas con su aspecto aseado y nuevo. Una vez, lo invitó a pasar a casa. Habrían tomado café sentados en el sofá del comedor, mientras la tarde se ponía en los cristales, y luego ella habría preparado algo para cenar. Quizá un pescado, quizá otra cosa. En el postre, él se habría echado hacia atrás en la silla llevándose la mano a la cintura y habría dicho, estaba estupendo el pescado, eh, aunque no le hubiese gustado. Después habrían salido al jardín y, mientras Lailja servía unas bebidas, él habría arreglado alguna cosa, un farol, o una pajarera que llevaba rota una eternidad. Sin embargo, Kristho dijo que ese día no se podía quedar porque estaba esperando una llamada de su madre.

Es un sofá muy viejo, dice Lailja, no queda bien en mi salón. Pero mamá se empeña en tenerlo. Es tu madre, dice Kristho. Lailja dice, ya lo sé. Quizá podrías subirlo a la buhardilla. ¿A la buhardilla? Quizá no sea tan costoso complacerla, dice, no siempre va a estar aquí. Lailja dice, tienes razón, y pone la mano en el hombro de Kristho, por encima de su traje, que le sienta tan bien. Sabe por qué Kristho habla así. Su madre está mal. Vive en un establecimiento para enfermos terminales. Su sirvienta la encontró sin sentido en el retrete, con la falda subida, la cabeza reclinada hacia delante y las rodillas separadas. Como si leyese una revista, dijo. Cuando oyó que respiraba con dificultad fue a llamar a una ambulancia. Desde entonces, la madre de Kristho no se vale por sí misma. No se las arregla para lavarse o vestirse, ni controla sus esfínteres. Está recluida en esa institución.

Lailja le quita a Kristho una mota de polvo del traje, piensa en besarle la cabeza, el pelo negro brillante, pero Kristho se aparta y recoge las entradas que la taquillera le entrega a través de la ventanilla de cristal. Es la primera

vez que salen. En el cine, ponen una película en blanco y negro, algo que a Kristho le gusta, de George Raft. Es buen actor, dice él. Lailja sacude unas palomitas del asiento con su programa de mano, y le sonríe a la oscuridad. Siente un hormigueo en el cuello, como si alguien la estuviese observando. Kristho, piensa, quizá. Pero no, cuando vuelve la cabeza para mirarlo se lo encuentra escrutando las sombras por delante de sí, más allá de la montura de sus gafas de metal. Las luces se apagan y el proyector se enciende. Las letras comienzan a estrellarse contra la pantalla, gigantescas, descomunales, como si se les fuesen a tragar. *Starring: George Raft*. Un camión con remolque asciende por una pendiente empinada. Llueve. Luego, enmarcada por un cargamento de cajas de fruta, la cara en blanco y negro del protagonista. George Raft. Cómo se parece ese actor a papá. A veces, papá dormía en el sofá. A veces, por la mañana, salía en camiseta y calzoncillos de su despacho, con el pelo revuelto, la cara ensombrecida y los ojos opacos, y en los sobacos dos caracolas negras llenas de olor a escay.

Kristho dice, en la buhardilla hasta te puede venir bien. Pero es que no sé, dice ella, ¿para qué lo quiero en la buhardilla? Puedes sentarte en él. ¿Sentarse allí? ¿En la buhardilla? ¿Por qué no?, dice él. La boca de George Raft sonríe y Kristho se rasca el mentón, justo cuando un camión se sale de la carretera y cae por un terraplén. Lailja apoya la mano en el reposabrazos del asiento que él ha dejado libre y trata de estar muy quieta, de que su mano no se mueva. Cuando Kristho vuelve a depositar la suya se produce una descarga, un chispazo brilla en la oscuridad. Carne tibia y mórbida, mortal. Una serie de incomprensibles desgracias se suceden en la pantalla a continuación: George Raft pierde a su compañero, la carga del camión, a su mujer. Pero ella no deja de sonreír, como si lo que estuvieran viendo fuese una comedia y no un drama. Lleva más de dos años sin salir con nadie en serio. Sí, hay un profesor del colegio con el que mantiene relaciones sexuales esporádicas, nada romántico. Pero esto es distinto. Esto parece de verdad.

Por la ventana del despacho, la cremallera de luces se retuerce como la cola de un alacrán. ¿Tienes hambre?, le pregunta Kristho. No demasiada, contesta. Podríamos ir a cenar. Lo que sea. Lo que ella quiere es salir de allí. Tanto secreto, para qué. ¿Por qué no lo decimos de una vez?, le dice.

Kristho pregunta, el qué. Lo nuestro. Nadie en el colegio sabe que mantienen una relación, Kristho opina que esas cosas no se deben divulgar. La gente murmura. Todos se vuelven y miran para otro lado y se sienten incómodos y ellos dos deben evitar ser vistos. Salir cuando todos se van. En el cine está oscuro, así que nadie puede haberlos visto entrar. La película acaba mal. El compañero de George Raft muere, le parece que George Raft también. O tal vez va a la cárcel. La fruta se pierde. Sin embargo, ella siente flojera en las rodillas, humedad en las bragas. Le duelen los riñones. Llegan al coche cuando los otros vehículos se han marchado ya. Todo está sumido en la oscuridad. Kristho camina silencioso, ensombrecido bajo la luz amarilla del farol. ¿En qué piensa un hombre cuando guarda silencio así? Papá decía, Lailja, cuando las personas mayores hablan, tú te callas. ¿Cómo podía caber papá en el sofá, si su pecho solo era tan grande como un barco? Lailja se sentaba en su zapatilla a jugar. Cabía dentro. Con el palo de la escoba, remaba. Papá decía, dame mi zapatilla, anda. A los hombres les gustaba que una mujer fuera callada, como mamá. ¿Te gusta mucho mamá?, decía ella. Me gusta, sí, decía papá.

Kristho rodea el vehículo y le abre la puerta para que pueda entrar. Quizá esté también mareado, como ella. Borracho, un poco harto de tanto sonreír. Mete la llave en el contacto, pero no la gira. Cuando Lailja se vuelve para dejar el bolso en el asiento de atrás, Kristho le pone la mano en un pecho. Por encima de la blusa. Lo oprime. Durante un rato, ella no sabe qué hacer. Se queda paralizada. La mano de Kristho está fría. De alguna manera ha abierto la blusa, y ahora se mueve insegura dentro del sujetador. Parece que intente dar con un resorte escondido. A Lailja, el pezón se le endurece. Le mira a los ojos, pero solo ve la sombra que proyecta su flequillo, y sus dientes muy blancos brillando en la oscuridad, por debajo de la nariz. Le gustaría decir algo. O que lo dijera él. Pero no hablan.

Ella misma busca el cierre del sujetador. Lo desabrocha, se queda esperando a que él continúe. Él hunde la cara entre sus tetas. Las besa. Mientras lo hace, ella le besa la cabeza. Tiene el pelo sedoso, abundante, huele bien. No hacen ruido. Papá y mamá ponían la radio cuando se cerraba la puerta de su habitación. ¿Cuándo? Después, siente la mano de Kristho por debajo de la falda. Separa los muslos. Hace mucho, muchísimo tiempo;

ella tenía las bragas meadas. Pero Kristho no hace nada. Se ha quedado muy quieto. Ha dejado de acariciarle las tetas. Ella intentaba abrir la puerta, pero estaba cerrada por dentro. Reacciona como si le hubiera sacudido una descarga. Su cuerpo se contrae, emite una especie de aullido y se corre. Lailja siente un poco de compasión por él.

Me gustaría que no nos hiciésemos mayores, dice. Kristho se levanta de la mesa, la rodea y abre un cajón del archivo en donde guarda un papel. Yo ya me acerco, dice, pero tú estás en la flor de la vida. Lailja suspira. Abre el grifo de la ducha y entra en la bañera mientras, fuera, él barre los canales de la televisión del motel. Cuando sale, va hasta ella y le seca la cara con el cuello del albornoz. Le dice, no te preocupes de nada. No tiene nada de qué preocuparse, piensa Lailja. Estoy bien, le dice a él. En la cama, Kristho se tiende vestido a su lado y dice, ssss, y se lleva el dedo índice a los labios. Esa vez tardó mucho en correrse.

He pensado en tomar clases de *gim-jazz*, por los kilos, dice Lailja. No quiero tener kilos de más. Pero si estás muy bien, dice él. Descuelga su gabardina y la mira haciendo una mueca. Mi madre debería haberse cuidado más. Considera la cuestión en silencio durante un par de segundos, y luego pregunta, nos vamos ya. Lailja se encoge de hombros. Dice, ojalá no tuviésemos que envejecer.

HAY UN PÁJARO muerto en la buhardilla, junto a las herramientas de Mircea. Al principio, Lailja no está muy segura de si está muerto o no. Con un lápiz le toca las alas, unas alas muy negras, extendidas, en forma de corazón. A continuación, le toca el cuerpo. No se mueve. Es uno de esos pájaros, un enterrador. No se llaman así, se llaman mirlos, en realidad. Al constatar que está muerto ya no le da tanto miedo y lo recoge del suelo tomándolo con sus propias manos. Pero está caliente. Y blando. La cabeza se le vence hacia un lado, indolente, como si fuera un pequeño eslabón. Una cabeza diminuta que apenas debe pesar lo que una nuez. Lailja lo mira y siente una especie de rechazo interior. Una negación hostil. Tiene los ojos cerrados. Como una náusea.

Lo baja a la cocina, y allí lo toca otra vez. Es increíble lo blando que está. ¿No dicen que la muerte provoca rigidez? Pues este pájaro es blando. Y está caliente, aunque eso puede ser debido a que por la mañana ha lucido un rato el sol. Sus patas son como dos piezas de juguete. Terminan en dos garras diminutas, coronadas por una especie de funda con forma de arpón. ¿Para qué podían servirle unas garras así?

Como mamá no está, no sabe qué hacer con él. Piensa en meterlo en una caja. En enterrarlo. Piensa en echarlo por el váter. Al final sale al jardín, vacía el contenido de un bidón y lo deposita dentro. Lo rocía todo con alcohol. Nunca antes ha incinerado a un pájaro. En los jardines vecinos no se oye ningún ruido. Está nublado. Enciende una cerilla grande y, al cabo, el humo negro y espeso se eleva en una columna que, poco a poco, empieza a desplazarse hacia el oeste, por encima del tejado. Lailja ve cómo sobrevuela la urbanización. Cuando todo acaba, mira en el interior del bidón. No hay ningún pájaro allí. Hay una sombra que podría ser un pájaro. La silueta de unas alas, de unas patas, de una cabeza y un crespón. El aire huele a chamuscado. Lailja siente ganas de vomitar.



LLAMA A MAMÁ desde abajo. ¡Mamá! Mamá aparece en lo alto de la escalera. Lleva un pañuelo en el cuello, una chaqueta y un pantalón conjuntados. Empieza a bajar lentamente y pregunta, crees que lloverá. Lailja se encoge de hombros. Nos llevamos el paraguas por si acaso. Mamá tuerce el gesto. A la compra no se va con paraguas, dice, cómo vamos a tirar del carro. Se empeña en hacer la compra ella misma. No pueden llamar a la tienda y hacer el pedido por teléfono, como hace ahora todo el mundo. Lailja tiene que corregir traducciones, le viene fatal. Pero no dice nada.

Apenas dan la vuelta a la manzana, una bicicleta está a punto de arrollar a mamá. ¡Cuidado! Lailja ve cómo cierra los ojos y levanta los brazos, oponiendo a la fuerza del impacto solo su inmovilidad. Casi al mismo tiempo, la bicicleta hace un requiebro, salta a la calzada y escapa huyendo por el callejón. Lailja corre un momento tras ella. ¡Desgraciado! ¡Vuelve aquí! Cuando regresa a su lado, mamá se está sacudiendo la ropa. ¿Te ha hecho daño?, le pregunta. Mamá humedece la punta del pañuelo con la lengua y la pasa por la rodillera del pantalón. Se ha caído al bajar del autobús. Ha arrastrado a Lailja con ella, pero Lailja está bien. La gente se arracima en torno a ellas y una señora le dice, vamos bonita, ven aquí. Mamá la mira desde el suelo, y Lailja piensa, qué hace ahí, si mamá nunca se sienta ni se cansa. Está hecha de un material especial. Por la tarde, papá regresa muy pronto del trabajo diciendo, mamá se ha fracturado el peroné. ¿Qué es un peroné? Papá va de un lado para otro y no contesta, y Lailja sigue comiendo su merienda, sin preocuparse de nada, como si todas las madres tuvieran un peroné de repuesto. Luego, papá la lleva a casa de los abuelos y va al médico con mamá. Cuando regresa, al día siguiente, mamá está escayolada. Lailja piensa que es inmortal, aunque no con esas palabras, claro, inmortal. Y que puede hacer de todo. Menos lograr que se quede papá.

Tal vez mamá piensa también que es inmortal. Que nunca va a envejecer.

Un tibio rayo de sol se filtra entre las desnudas ramas de un árbol dibujando circulitos en la acera. Lailja pone una mano en el hombro de mamá, quieres que volvamos. Mamá levanta la cabeza y mira el cielo de soslayo, no, por qué. No parece que vaya a llover. No, dice Lailja. ¿Te has asustado? ¿Asustarme? Qué bobada. Ya verás cuando llegues a mi edad. Cuando se es joven se asusta uno de muchas cosas. Yo sí, le dice Lailja. Yo me asusto de todo. Se asusta de no ver su imagen reflejada en el espejo cuando cruza el recibidor. De no sentirse las manos. O las piernas. De no advertir el sonido de su corazón. O de estar sola. Cuando Noelle se marchó se pasaba el día sola. Se sentaba en la cocina y se servía un poco de vino en una copa. Cogía la copa y la miraba al trasluz, y luego se la bebía despacio. Sin saborear. Los sonidos aterrizaban sobre ella, sobre las capas superficiales de su piel, como si atravesasen una mordaza, un grueso gorro de lana. Los grajos que graznaban en el jardín, las bocinas de los coches, el rumor de la carga de un camión saltando dentro del remolque, la melodía de un anuncio, apenas la rozaban. Era como estar sumergida en una bañera llena de agua. Sostenía la copa y bebía como si no hubiera más remedio. Había días que no necesitaba hacerlo, pero otros sí. Solo como evasión. El médico dijo que era uno de los síntomas de la depresión. Pero no era depresión, era miedo. Miedo a estar sola. Pero tú nunca te asustabas de nada, le dice a mamá. Ya lo creo que sí, dice mamá, qué te crees. Mamá sonríe mirando al cielo y dice, tu padre me encontraba despierta la mitad de las veces que volvía de trabajar. Ponía la radio. Lailja recuerda la débil luz que salía de su cuarto, el sonido afelpado. Dice, pues yo nunca te vi asustada. Claro que debiste verme, Lailja, pero no te acuerdas. Mamá sacude la cabeza, otra gente tomaba infusiones. O pastillas. Ella, en cambio, dice, se aficionó a la radio. Papá le regaló un aparato estéreo cuando todavía no se veían por allí. Lo trajo de Alemania. Mamá se quedaba hasta las tantas oyendo esos programas con llamadas en directo. Ya no dan esos programas, dice. La gente llamaba contando un problema. Una señora que llamaba porque su hijo era homosexual. Otra que debía dinero a su hermano. Otra que no sabía si casarse o no. Lailja asiente. ¿Tú nunca

llamaste? Mamá mira hacia otra parte. Pasa distraídamente las yemas de los dedos por las diminutas perlas del collar. Dice, ¿por qué tendría que llamar? ¿Qué problema tenía yo? Llegan al mercado. Una riada de gente entra y sale por las puertas. Frente a la baliza del *parking*, los coches esperan. Un niño que corre cae de rodillas en el suelo, se pone a llorar. La madre lo zarandea. Ahora hay otros programas en la radio, dice mamá. He descubierto uno en el que hablan de ocultismo, puede que llame. Quiero preguntarles por papá.

***OceanofPDF.com***

MAMÁ SE ACUESTA temprano. Lailja escucha tras la puerta hasta que ya no la oye moverse y un silencio opaco y negro sale de su habitación. Lailja tiene que apartarse porque nota una patada en el pecho que no la deja respirar. Es usted su peor enemiga, le dijo una vez un doctor. Y que ella sola se arrojaba a esos estados de ansiedad. Pruebe a pensar en cosas bellas, le dijo. Piense en flores. En el mar. Piense en su infancia. Pero ella nunca piensa en su infancia. Piensa en estar subida en un columpio, cada vez más alto, mayor ya, impulsada por un hombre fuerte, malo. Se sienta a mirar la tele un rato. El sofá de papá cruje bajo su peso como un animal moribundo. El escay huele al humo de los cigarrillos de papá. A piernas y a migas de pan. Ella, Lotta, Mim y mamá comen allí mientras ven la televisión. Mamá dice, hacedme sitio. En un extremo, Mim y Lotta se pelean. Dejad de pegaros, les riñe, cuando venga vuestro padre se lo voy a contar. Las cachetadas suenan como cuando el carnicero deja caer un pedazo de carne sobre el mostrador. Mamá hace punto. Teje tan deprisa que las agujas casi no se ven. ¿Cuándo viene papá?, le preguntan. No lo sé, dice mamá, pero cuando venga os vais a enterar. Pero ellas saben muy bien que no es así. Papá nunca les regaña. Se sienta a su lado en la cama. Apaga la luz de la mesilla, le da una calada al cigarrillo, que se incendia con un leve chasquido en la oscuridad llenando su cara de dientes, de bocas, de sombras y de agujeros, inmensos y negros, mientras les cuenta una historia, había una vez. Primero a ella y a Lotta. Después, cerrando la puerta tras de sí, sale de su habitación y entra en la de Mim. Son historias sencillas, no historias complicadas como las de mamá. Un lobo, una princesa, un pastor. Papá echa el humo por la nariz, como si fuera de magia. ¿De dónde sale el humo, papá? Ssss. De la luz. ¿De la luz?

En las noticias se anuncia el hundimiento de un barco en el mar de Aral. Lailja se pregunta dónde estará ese mar. Con el mando a distancia baja un poco el volumen. Después lo quita. Mira solo las imágenes. Una

embarcación pequeña encallada en las rocas. Unos hombres en una zódiac, sobre la superficie rizada y gris. Campanarios. Peces saltando en una red. Instalaciones nucleares. Gaviotas. La apaga y se va a dormir. Las sábanas están frías y busca un repliegue caliente donde cobijar los pies. Le duelen los riñones. Nunca le han dolido así. Se trata de un dolor punzante y rojo, que da angustia, y mareo. Oye el sonido amortiguado de la radio de mamá. Una melodía antigua, la voz de un locutor —por la mañana contará que a la noche ha escuchado la cosa más terrible de su vida, y se afanará en explicarla. Una cosa complicada y difícil de verdad—. Junto a ella, al otro lado de la mesilla, Lotta respira como si se deslizase por una pista de baile, con un sueño pulido y brillante, reflejándose en él. El ladrido de un perro rompe el silencio de la noche en forma de interrogación, *guauuu*. Pero nadie responde. Lailja muerde el embozo de la sábana. Mamá dice que los perros les ladran a las ratas y a los coches que pasan y que pintan rayas luminosas en el techo de la habitación. Pero no. Son albañiles que acechan en las obras, que salen al encuentro en los solares. Llevan el pelo revuelto. Los ojos brillantes. Se ven brillando en la oscuridad.

Se levanta a hacer pis, a oscuras, si enciende la lamparita Lotta se despertará. El suelo está frío, y la taza. No tira de la cadena. Sale palpando los azulejos con las manos, un mapa helado en la oscuridad. Papá está fumando un cigarrillo en lo negro de su habitación. El punto rojo y brillante se mueve al otro lado del pasillo, como si estuviera vivo. Parece una criatura diminuta, un hada, un duende, un trol. Papá y mamá susurran. En el silencio de la noche es como si dieran silbiditos, como si soplaran al café. El hada roja se mueve. Papá dice, cómo se te ha ocurrido pensar eso... Y repite, de forma entrecortada, se te ha ocurrido... pensar eso... Se le escapa un insulto y Lailja se aplasta contra la pared. ¡Dios! Mamá suspira y papá dice, no, no... una y otra vez, no es lo que... crees... la niña... ¿Qué niña? ¿Qué ha hecho mal? El hada roja se vuelve y enfoca la figura de porcelana de la mesilla de mamá. Mamá dice bajito, cállate. Luego, las niñas... te van a oír... Y papá, ¡las malditas niñas...! Y se mueve de nuevo hacia lo oscuro. ¿Se refiere a ella papá? ¿Estará enfadado porque Lailja ha manchado sin querer la alfombra de su habitación? Retrocede, se aplasta contra la pared, vacilante, roja como el cigarrillo de papá. Cómo has podido

pensar... ¡Dios!... Mamá dice, será mejor que te calmes... También son mis hijas... No es lo que se espera de un... Tampoco es lo que se espera de una mujer... Hablan de ella, de que haya manchado la alfombra. Mamá se lo ha contado a papá. ¿Por qué? ¿Por qué lo habrá hecho? La mancha roja se mueve hacia lo oscuro y se incendia. No quiere ser una mujer. Pero ha manchado la alfombra y no se puede limpiar, lo ha dicho mamá. Si nadie mirara, si mamá le hubiera guardado el secreto. Pero no, se lo ha contado a papá. Ahora su vientre se abultará. Sus pechos se volverán blancos y grandes como los de mamá. No me importa por qué lo haces... no quiero saberlo... dice mamá. Calla... calla... Es vergonzoso. Se oye un grito. Laila quiere irse, dentro de poco uno de los dos irá a su cuarto y le preguntará por qué no puede dormir. Pero no se puede mover. Papá ha apagado el cigarrillo y se ha tumbado de medio lado. Se ha puesto a llorar. Está llorando. Papá llora, ¿por qué? El hada se extingue y mamá dice, bajito, Dios mío.

MIRCEA FUMA UN cigarrillo que pende de su labio inferior, despreocupado, mientras rasca la pared con un cuchillo, sistemáticamente, en pequeños círculos, arriba y abajo, sin parar, y se sacude la nuca hundiendo el cuello, como haría un rinoceronte para espantarse una avispa, una brizna de barro, una hoja, un moscardón. Ese pájaro, le dice Lailja. ¿Lo vio? Mircea se aparta de la pared. En la buhardilla aún está todo como siempre, excepto por el círculo descarnado que él acaba de raspar para comprobar si hay humedad. No comprendo, dice, abriendo y cerrando los ojos. Apoya el cigarrillo sobre la repisa del radiador y sorbe de su taza de café. No coge la taza por el asa, como haría todo el mundo, sino que la abraza por debajo con la palma de la mano. Como si fuera algo vivo. Pesado. La cabeza de un niño. Un pájaro. Algo tibio y tembloroso, a punto de echar a volar. Estaba muerto, dice Lailja. Lo encontré ahí, donde está usted. Mircea mira para atrás. Tiene un cuello ancho que se repliega tras la nuca en pliegues gruesos. El pelo le nace duro, brillante, de la raíz casi blanca; debajo puede verse la piel sonrosada, como la de los extranjeros cuando les coge mucho el sol. A ella la piel nunca se le pone así, piensa. Es demasiado morena. Solo tiene una franja más pálida y mórbida, un poco azul, en los pechos y en las nalgas. Mircea vuelve a sorber el café y deja la taza en la repisa. Lailja la observa. Mira donde sus labios se han apoyado para beber. No han dejado ninguna huella. Piensa que cualquier día de estos, cuando coja una taza, será la taza de él. El gato de mamá maúlla y se pasea por allí. Ha surgido de la nada. Vuelve a maullar hasta que Mircea lo ve. Con el cuchillo, Mircea reanuda la tarea de rascar. Pájaro, dice. Pajarito.

BERNARD Y MIM han venido a transportar a la buhardilla el sofá de papá. Es temprano, el sol penetra por la ventana blanco, un poco tímido. Mim le pregunta a mamá, ¿te encuentras bien? La persigue por la casa, pareces cansada, abrígate, ¿comes bien? Mamá dice, déjame, se apoya en su bastón, persigue a su yerno, le da instrucciones con el sofá. Bernard ha envuelto el sofá en una manta y lo ha atado con una cuerda para poder tirar de él. Luego lo ha sacado del salón. De dentro ha caído un conjunto heterogéneo de cosas, una goma, horquillas para el pelo, un clip, un pedazo reseco de pan, un casete de papá. Mamá ha recogido el casete y se lo ha llevado a su habitación.

El sol se oculta y la cocina queda casi sumida en la oscuridad. En el pasillo, se oye golpear algo contra la pared. Mim dice, ¿por qué se lo has permitido? Lailja imagina que se refiere al sofá. No le hace gracia. Lleva el pelo negro recogido, retirado de la cara, una cara grande y seria, igual a la de papá. Lailja coge una magdalena y la moja en el café. Tiene hambre, le pasa desde que mamá está aquí. Se queda observando la grasa que flota en la superficie, como los charcos de gasolina en el mar. No comas más, le dice Mim. Sus muslos están ensanchando, acumula grasa alrededor de la cintura. Carne amarillenta y trémula que en el espejo se parece a una esponja.

Lailja la pinza con los dedos. Se imagina que no está ahí. Ponte la bata, le dice mamá, no salgas así. No las deja pasearse por la casa en ropa interior. Pero hoy hace calor. Sale de su cuarto en camiseta y bragas y entra en el despacho de papá. Papá está leyendo una revista, tumbado a todo lo largo del sofá. Levanta la cabeza y la mira. Dice, ¿qué haces así? Lailja se estira de la camiseta hacia abajo. Mim está sentada junto a él. Mira, gorda, mira esto, le dice papá. Lailja protesta, no me llames así. ¿Queréis ver una foto de Marte? Entra en el despacho, que huele a sudor. En la revista se ve

la foto de una esfera, borrosa, a franjas rojas y negras. Mim se ríe. Allí la gente es como aquí solo que verde, bromea papá. Pequeños y mofletudos como vosotras. ¡Como ella no!, le grita Lailja. Papá se sorprende, anda, ve a vestirme, no andes así. Lailja sale corriendo a su habitación. Cuando nadie la ve se contempla en el espejo, desnuda, papá tiene razón. Es mofletuda. Y tiene el vientre abultado, no liso como el de mamá, o sus muñecas, que también lo tienen liso y con las piernas largas, y si las deja en bragas mama no les dice, haz el favor de irte a vestir. Pero están huecas por dentro, piensa, como su hermana Lotta.

Al otro lado de la ventana una lluvia densa y silenciosa golpea en el plástico que cubre las sillas del jardín. Lailja dice, mamá quiere llamar a un programa de radio donde hablan de ocultismo. Para preguntarles por papá. Mim la mira muy seria un momento. Luego aparta los ojos y se vuelve, incómoda, a mirarse las pulseras y el reloj. Tira de la pierna hacia sí. No la puede mover. Tampoco la siente, es como un pedazo de madera. Lailja le dice, ¿te duele? No, contesta Mim. A veces le duele. Una cosa refleja, le dicen los médicos. Es más bien como el recuerdo del dolor. ¿Has vuelto a ir al hospital? Cuando le duele, va a un sitio a hacer rehabilitación. Nos vamos a Taiwán, contesta Mim. Van allí a comprar cosas para su almacén. Lailja dice, qué bien. Coge otra magdalena del cestillo. ¿Tú te acuerdas de cómo era papá?, le pregunta a Mim. Mim no responde. En el pasillo, se oye cómo algo araña una puerta. Yo sí, dice Lailja. Le recuerdo acostado en el sofá. En ese sofá, dice señalando tras de sí, hacia el otro lado de la pared. El despacho siempre olía a su sudor, ¿no te acuerdas? Mim dice, espero que luego no te dé por hacer dieta, ya no tienes quince años. Lailja vuelve a morder la magdalena, con más saña esta vez. No puede parar. Aunque no le sabe a nada. Es como si comiese aire, nada más. A veces, a papá le pasaba igual. Que no podía parar.

Durante la comida tienen que encender la luz. Afuera está tan oscuro que no parece de día. Bernard y Mim hablan de su viaje a Taiwán. Mamá no quiere más pescado, aunque tiene el plato lleno. Suena un trueno. En el marco de la puerta hay un rallajo que ha debido de hacer una de las patas del sofá. Mim le pregunta a mamá si quiere que le prepare otra cosa, pero mamá cruza los cubiertos sobre el plato y mira a Bernard. Le pregunta por

qué no compren sus artículos dentro del país. Bernard se limpia de grasa la boca y dice, porque allí son más baratos. En las fábricas taiwanesas emplean a mujeres y niños que tienen salarios más bajos. Pero eso es una inmoralidad, dice mamá. Bernard responde que no, que es una cosa política, y mira a Mim. Mim se azora, vacila, retuerce la servilleta, responde, ay... yo qué sé. No sé por qué compramos allí, es verdad. Mamá sacude la cabeza y mira la televisión. En casa no se hablaba de política. Cada vez que decían algo en las noticias, mamá le decía a papá, no sé qué tiene que ver eso con nosotros. Lotta derramaba su leche sobre el plato y mamá le daba un pescozón. Es asunto de todos, decía papá. La res pública. Lailja acababa de estudiar en el colegio el sistema electoral. Significaba que nadie mandaba más que nadie. Que el que mandaba lo hacía porque querían los demás. No era algo parecido al colegio, donde mandaban los profesores. Ni a casa, donde mandaba mamá. Lailja le pregunta a papá, cuándo podré votar yo. Y papá, que aún está pensando en la res pública, contesta, dentro de seis años, de mal humor, sorbiendo una cucharada de la sopa que ha preparado mamá. Aunque de poco te va a servir.

De repente, a mamá se le ocurre preguntar, por qué no os lleváis a Lailja a Taiwán. La tarde se ha puesto tan oscura que Lailja tiene que parpadear cuando mira la cara de mamá, que está de espaldas a la luz. Mim y Bernard se miran entre sí. Ha encontrado una espina de pescado y le da vueltas en la boca, hasta que acaba tragándosela. Tose y mamá le dice, san Blas. ¿Por qué quieres que vaya a Taiwán?, le pregunta Mim. Para que se distraiga, dice mamá. ¿Para que se distraiga? Bernard se lleva la servilleta a los labios. Se le hinchan los carrillos, pero su eructo se oye claro y diáfano.

Por la noche, mamá sube a la buhardilla a sentarse en el sofá de papá. Lailja la sigue y le pregunta, por qué les has dicho eso a Bernard y Mim. Mamá se pone a recoger unas cosas, unas cajas, unos libros, unas zapatillas que Lailja hace tiempo que olvidó bajar. El qué, pregunta. Lo de Taiwán. Mamá le dice, qué desaprovechada está esta parte de la casa, con lo grande que es. Es de noche y las claraboyas están negras. Lailja insiste, no sé qué habrán pensado. Qué van a pensar, dice mamá. Lleva una brazada de ropa arrugada de un sitio a otro de la habitación. Agacha la cabeza cuando se acerca al cielo raso. No es bueno estar siempre sola. ¿Cómo vas a conocer a

alguien siempre encerrada aquí? Lailja dice, ya conozco a alguien, mamá. ¿Ah, sí? Sabes que sí. Mamá no contesta. Se ha dejado caer en el sofá, con los párpados cerrados. No la quiere ni ver. Se han peleado. Lailja corre con los ojos inundados de lágrimas a encerrarse en su habitación. Se quita la ropa y busca el pijama bajo el cobertor. Mamá abre la puerta, entra en el cuarto sin llamar. Hace ruido con algo, y se ríe. Es su forma de pedir perdón. Luego se sienta en la cama de Lotta y ayuda a Lailja a sacarse la camiseta. ¿Te has lavado las axilas?, le pregunta. Lailja dice, sí. ¿Y lo demás?, mientras señala la peca de ahí abajo, esa que Lailja tiene desde que nació, y se ríe otra vez. Reírse es su forma de pedir perdón. A Lailja le molesta. Luego dice que se acuerda de esa peca, que es algo que heredó de la abuela. ¿El qué?, pregunta Lailja. No sé. Pigmentación. ¿Pigmentación? ¿Y por eso tiene ahí ella esa cosa, grande y azul, imposible de ocultar? Cuando seas mayor no se te verá, dice mamá, te saldrá vello. ¿Vello? ¿Ahí? Pero se le ve ahora. En el vestuario del gimnasio se tiene que cambiar de ropa de cara a la pared. ¿Mim también la tiene?, le pregunta a mamá. Mamá se ríe y dice, no. Por eso papá la quiere, porque no tiene una peca. Su vientre es liso, no abultado, como el de ella. Sus piernas son como pétalos planos, con huesos prominentes que se clavan y hacen daño cuando se pone encima de ti. Ella, en cambio... Si mamá no la obligase a comer. Si no la obligase. Se le abolsarán los codos. Se le abrirán dos almohadillas rebosantes de grasa en las rodillas, le será difícil seguir gustándole a Kristho. Le será difícil seguir gustándose a sí misma. Cada vez que se mire al espejo sentirá una náusea, un rechazo íntimo y pertinaz. Tendrá que cerrar los ojos. Y todo es culpa de mamá. Mamá tiene la misma talla desde que se fue papá.

Me acuerdo de cuando tu padre me llevó a París, dice mamá. Lailja la mira extrañada. Está de espaldas, mirando las bicicletas y otras porquerías que se apilan bajo la vertiente del tejado, por donde se oye el agua resbalando hacia el canalón. ¿A París?, le pregunta. ¿Había nacido yo? Tu padre le compró un ramillete de flores moradas a una mujer en uno de esos puentes del Sena, y a mí se me cayó. Todo era mejor.

### III

***OceanofPDF.com***

EL GATO ESTÁ tumbado en la alfombra, la cabeza indolentemente apoyada sobre la pata de la mesa. Lailja se detiene a observarlo mientras pasa el aspirador. ¡Vamos, fuera de ahí!, le grita. El gato levanta la cabeza despacio y la observa, pero no hace nada. Es un gato viejo y feo, marrón. Uno de esos gatos callejeros de los que salen a cientos por las noches. Mamá se lo ha encontrado en el jardín, a donde seguramente ha llegado escalando las tapias de los jardines vecinos, saltando de una tapia a otra, caminando por ellas cabeza abajo y con la luna detrás, como andan los gatos cuando nadie los ve. Desafiando la gravedad. No lo toques, dice Lailja, habrá hurgado en la basura. Habrá comido ratas. A lo mejor nos contagia alguna enfermedad. Pero mamá ya lo atrae hacia sí con arrumacos, y el gato se frota mimoso contra sus pies. Dice, es una criatura del Señor. Luego se va a la cocina y le pone un poco de leche en un tazón.

¿Por qué no jugamos al parchís?, pregunta Lailja. En la prehistoria, mamá y papá siempre jugaban al parchís. Papá jugaba y se reía, por entonces aún se reía, papá. Un cinco era necesario para abandonar la casilla de salida, y aunque mamá siempre saliese más tarde, al final ganaba a papá. Siempre te gano, no tiene emoción. Anda, deja ese gato y vamos a jugar al parchís, le dice a mamá.

Pero mamá solo quiere ir a comprar comida para gatos. Habrá que darle de comer, dice. No sé por qué, le dice Lailja. Hay que tener misericordia. Bueno, pero después se va. Con un poco de suerte, piensa, el gato se habrá escapado antes de que ellas dos regresen. Mamá no podrá reprochárselo. Podemos merendar chocolate con churros en la cafetería, ¿eh, mamá? Como cuando yo era pequeña. Mamá mueve desaprobadoramente la cabeza mientras se pone el abrigo, luego dirás que engordas.

En la calle huele a humo y tarde eterna. Los coches pasan muy despacio, mostrando su interior, tapicerías de cuero, Elvis moviendo las

caderas, niños y abuelas con el cabello azul. Hoy mamá no se para en cada esquina a comentar lo impersonales que resultan los barrios de nueva construcción. No se hace esperar. Su bastón golpea más deprisa que de costumbre el enlosado de la acera, *clac-clac-pum*. Lailja casi la tiene que perseguir. Ve más despacio, mamá, te vas a cansar. Mamá dice que no quiere que el gato se escape. Cuando llegan a casa grita, ¡Lotta! ¡Mim! Lailja ha vomitado en el colegio y mamá la ha ido a buscar. Algo le ha sentado mal. Ha sudado durante la clase de lenguaje y luego ha tenido que pedir permiso para salir. Casi no le ha dado tiempo a llegar, ha vomitado en un lavabo. ¡Mim! Mamá suelta el bolso en la mesa del comedor, que está en penumbra, silencioso, y recorre la casa abriendo puertas. A Lailja le duele la cabeza. Se marea. De camino, mamá la ha traído de la mano, pero ahora la ha soltado y abre y cierra las puertas de las habitaciones como cuando no encuentra algo de valor.

El gato no se ha escapado. Por la noche, cuando Lailja sube a acostarse lo ve allí, en el cuarto de baño de mamá, lamiendo la escobilla del váter. Tiene los ojos opacos, como los de un muñeco, con una rayita en medio que parece una puñalada. Toca en la puerta de mamá. Mamá dice que no tenía ni idea de que el gato estuviese aún allí, y se lleva las manos a la boca. Ni siquiera se pone la bata para ir a ver. Lleva un pijama estampado con dibujos de amebas. Sonríe, pero mira quién ha venido. Lailja le dice que tienen que deshacerse de él. Que puede contagiarles enfermedades. ¿Quién le ha abierto la puerta del jardín, eh, mamá? Mamá arquea las cejas y baja la vista hacia él. Me da pena, confiesa. Lleva el pelo aplastado de haber estado mucho rato sentada en el sofá de papá. Míralo, parece estar a gusto aquí. ¿Quieres que te demos de comer, eh? Se acucilla junto al gato, que retrocede hacia el bidé, y lo llama, *bis-bis-bis*. Dice, debe de hacer mucho tiempo que nadie lo trata bien, pobre animal. Lailja dice, es solo un gato callejero. A estos animales no les gusta estar encerrados, necesitan libertad. Creo que me he encariñado con él, dice mamá. ¿Qué? Mamá acerca la mano y lo toca. Lailja dice, no puedes haberte encariñado con él. El gato se estremece y ronronea. Mamá apoya las palmas de las manos en el suelo, los talones de los calcetines asomando bajo su pijama de amebas, y dice, ven con mamá. Sus hermanas y ella se pasaron la infancia pidiendo un perro.

Suplicaron, lloraron. Hasta consiguieron un perro a sus espaldas, pero mamá se lo hizo devolver. El gato le olisquea las manos. Mamá lo toma en sus brazos, se vuelve hacia el espejo y se contempla en la superficie con él. Sonríe y dice, no podemos echarlo. El gato se está tan quieto en sus brazos como si fuese un bebé. Se deja hacer. Ni siquiera ronronea, parece un muñeco. ¡He dicho que no!, grita Lailja. Mamá la mira con sorpresa, Lailja se arrepiente. Por un momento, piensa que va a obedecer. Piensa que bajará al piso de abajo, que abrirá la puerta y que le dejará marchar. Pero mamá dice, ¿cómo te voy a llamar?, mientras le da la espalada a Lailja y entra con él en su habitación.

***OceanofPDF.com***

MIRCEA ESTÁ CANTANDO una canción en un idioma extranjero, lleno de erres, mientras orada la parte inferior de la pared con un martillo y un escoplo. Los muebles se apilan al otro lado de la buhardilla, unos encima de otros, como en una rifa o un naufragio. Quizás ha pensado en llevarse unos cuantos. Quizás el televisor. El sofá de papá. Tal vez pueda venderlos por ahí, en un mercadillo. Lailja se pega más a la pared y se retuerce las manos. Pregunta, qué está haciendo en la pared. Él para de cantar. Se yergue y se pasa el dorso de la mano por la frente. Dice algo en su idioma, como un silbido, y sonríe a medias, mitad sonríe mitad no. Rozas para tuberías de calefacción, sonriendo otra vez. Lailja se pregunta qué le hace sonreír. Alguien ha encendido una chimenea en alguna de las casas vecinas. El humo, en blancas y densas vaharadas, se estrella contra la claraboya del tejado. Por un instante, tiene la sensación de que vuelan dentro de un avión. Él dice, no se sabe cuándo para de llover, mirando con el ceño arrugado a través del cristal. Lailja mira también. No está lloviendo. Él ha aprovechado la pausa para sacar un cigarrillo del bolsillo de su camiseta interior. Una camiseta blanca, limpia, que se le pega al pecho. La misma clase de camiseta que usaba papá. Lailja cree percibir un poco de olor a sudor. ¿Quiere?, le pregunta, mientras se lo pone en la boca y lo deja allí, sin encender. Lailja dice que no. Debería haber vaciado la buhardilla, piensa. Sacar sus cosas de allí. Pero Mircea solo mira por la claraboya las nubes que pasan. Parece esperar que se vayan. O se disipen. Tiene el arco ciliar tan pronunciado que recuerda a un hombre de Neandertal.

ESTÁ MIRANDO los grumos de la pintura del techo, pendiente de cualquier sonido, las llaves de mamá en la cerradura, los hilos de una telaraña, el ladrido de un perro, las urracas y esos otros córvidos negros que sobrevuelan el otoño con sus alas de humo, un avión, cuando la mano de Kristho deja de masajear la punta de su pezón izquierdo para despegar los párpados otra vez. Tiene una ojera profunda debajo de cada ojo, algo más amoratada de lo habitual. Se ha esforzado en estimularla, pero Lailja no ha respondido como siempre. Sus caricias han empezado siendo vivas, pero ahora la mira con desazón. Le pregunta, te ocurre algo, como no cierras los ojos. Los ojos cerrados son un producto del cine, piensa Lailja. Si no fuera por el cine nadie cerraría los ojos al hacer el amor, lo ha oído en la televisión. Tengo un poco de frío, dice. No puede concentrarse. Pero le dice, creo que estoy cogiendo un resfriado. El cuarto está desangelado. Hace rato que ha pensado en levantarse a bajar la persiana y cubrirse con el edredón, que yace en el suelo junto a los pies de la cama. Pero no se mueve. Cierra los ojos y se concentra. Si se esfuerza un poco, si deja volar su imaginación... al final acabará por correrse. Hay que pensar. Hay que pensar con rapidez. Un caballo. Una ninfa desnuda. El caballo y la ninfa. No, eso no. Es demasiado brutal. Un pastor y una pastora. Una dama del Renacimiento con los pechos descubiertos, y un enano. Un corsario en leotardos. Con los leotardos bajados. Con su abultado falo apuntando hacia arriba, arrogante, tentador, descomunal. Eso suele funcionar.

Empieza a notar cierta tibieza en los dedos de los pies. Kristho, tendido a su lado, se tira del nudo de la corbata. Solo se ha quitado la chaqueta y el pantalón. Sus muslos asoman peludos bajo los faldones de la camisa de rayas, la misma con la que ha ido a trabajar. Lailja cierra los ojos y se lo imagina desnudo. Prueba a imaginarlo con las piernas separadas, en el cuarto de baño de su casa, listo para ducharse. A veces le gusta imaginarlo

así, aliviándose en la intimidad. Se deja llevar por esa imagen. Fantasea con un Kristho envuelto en jirones de vapor, con el vello aplastado bajo los chorros del agua y una mano apoyada en la pared. Y su miembro viril amoratándose bajo la presión de los dedos, un dos, un dos, y su cabeza ladeada. Cuando la imagen la asalta mientras ella misma está en la ducha, a veces tiene que tocarse también. Es decir, si se ha acordado de cerrar la puerta para que mamá no pueda entrar.

Tal vez sea mejor que paremos, dice de súbito él. Has vuelto a abrir los ojos. ¿Cómo?, pregunta ella. ¿Ahora que la tibieza de los dedos era ya casi una llamita, y la cara interna de los muslos empezaba a reaccionar? Dice, estoy bien, y tira de él nuevamente hacia sí. Pero Kristho se ha incorporado ya. Mejor lo dejamos para luego. A los pies de la cama está el resto de su ropa, junto al edredón. Se agacha a recogerla. Se arregla el nudo de la corbata, con aire ausente, como si acabara de despertar de una apacible siesta y se aprestase para volver al trabajo. Dice mirando su reloj, llegaremos tarde a cenar. Lailja le da la razón. Corre a envolverse en su albornoz y en la ducha se masturba mientras Kristho hace la cama para que mamá no la encuentre arrugada al regresar.

En el barrio venden castañas asadas. Han cambiado la hora. Las farolas se encienden por la tarde antes de lo habitual. Por la mañana, los coches amanecen con escarcha en los capós. Es octubre. Aún pueden verse las hojas ocres de los árboles sujetas a las ya un poco tísicas ramas, sin que el viento intente aún arrancarlas y arrastrarlas por las aceras y los parques. Hasta que cae la tarde, el cielo es completamente azul.

Tiene la piel de gallina, quizá es cierto que se va a resfriar. Sin embargo, no se pone más que un vestido despegado del cuerpo y un chal. Es como si le doliese la piel. En la calle, Kristho le pasa el brazo por los hombros y la abraza. El cielo es tan azul que casi hace daño al mirar. Se trata del mismo cielo de siempre, pero parece distinto. Un cielo visto desde una nave espacial. Tiene el vello erizado, los dedos de los pies agarrotados. Has salido muy ligera, dice él, estamos en otoño. No me gusta el otoño, dice Lailja. Huele a campo, a intemperie, a quemado. ¿A quemado? A humo. Por la noche, el olor a humo se acentúa, piensa, como si el campo amenazase con invadir con sus raíces y sus larvas la ciudad. Mientras

aguardan a que el mozo aparque el coche de Kristho, Kristho le pone su chaqueta por los hombros, pero no sirve de nada porque sigue teniendo frío. Incluso después de entrar en el restaurante. Incluso después de entrar en calor.

El local es uno de esos lugares de diseño, blancos y diáfanos, que alguien le ha recomendado a Kristho. Las mesas están cubiertas con manteles blancos de papel. Las servilletas son de papel. Los camareros llevan delantales blancos muy tiesos, de papel, con una firma serigrafiada en el bolsillo. A Kristho no le gusta. Parece un local para gays, mira, dice. Lailja mira. Hay maceteros transparentes con palos retorcidos en la punta, como el rabo de un cerdito, con piedras de río en el fondo. Mira esa lámpara de ahí, es de las que bajan del techo, dice él. Lailja la mira. Es una lámpara gigante, antigua, llena de cristales tallados que centellean entre minúsculas hojas de cobre, zarcillos deslustrados, bombillas en forma de candelabro. Es enorme. Un espadachín podría descolgarse de ella y balancearse con sus leotardos y su vaina y su jubón, pero Lailja no cree que sirva para poner encima una tarta nupcial. Aunque el efecto, desde luego, es de contraste con el resto de la decoración. Cuando nos casemos no me hace falta una tarta, le dice a Kristho. Kristho cabecea, no comprendo cómo me han recomendado un sitio así. Un camarero joven se aproxima a traerles la carta. Hace una reverencia y se la ofrece, primero a ella, luego a él. Después les sirve un aperitivo con una mano detrás. *Foie-gras* para Kristho, lichis para ella. Lichis. Nunca ha probado los lichis. El camarero tiene una arruguita junto a las comisuras de la boca; algo femenino, muy sensual. Kristho se aparta un poco y el camarero se inclina sobre él. Alinea el tenedor con la cuchara, centra el plato, acerca su boca a la de Kristho y lo besa en la punta de los labios. No, solo le pregunta si quiere ordenar ya. Kristho mira en torno a sí, interesado, y luego la mira a ella. A pesar de todo, dice, es un sitio caro. El camarero hubiera podido besarlo y ella, ¿qué habría podido hacer?

La lámpara que pende del techo brilla como un tesoro de la Antigüedad. Sus hermanas y ella juegan a colgar cosas de allí. Cintas del pelo, un calcetín. Se enjuagan los dientes y los contemplan en el espejo después. A veces, en la bañera, juntan las lenguas para ver cómo sabe. Se ríen. Sabe soso, como carne sin aliñar. El camarero se saca algo del bolsillo. No, solo

deja una cucharilla junto al *foie-gras*. Mamá abre la puerta del baño y las insta a salir. Hace frío. Luego les seca el pelo y les pone pescadilla rebozada para cenar. Lailja la escupe en el váter. Coge sus libros y se mira en el espejo antes de marcharse, hoy empieza sus clases en la Universidad. Mim tiene celos. Ella se echa un último vistazo en el espejo antes de salir. Cuando Noelle viene a buscarla en el coche de su padre le dice, mamá me ha obligado a comer, pero lo he vomitado. Y Noelle no se sorprende de nada porque ya ha arrancado el coche y el ruido del motor le impide oír. ¿Por qué mamá quiere conseguir todo de ellas y no evita que se vaya papá?

Qué te ha parecido la cena, le pregunta Kristho. Lailja hace un mohín, pero el camarero la ve. Sonríe. Kristho sonríe también. Las comisuras de su boca son más marcadas y profundas, las de un hombre mayor. Lailja dice, estaba pensando en mamá. Se pasa el día en la buhardilla. El sitio es horrible, dice Kristho, pero no hemos cenado mal. Saca su tarjeta para pagar. Se sienta en el sofá de papá y mira la televisión. ¿Quién?, pregunta él. Mamá. Kristho se ríe. Su risa da una vuelta en torno a ella y se aleja hacia los comensales de detrás. Y ahora, encima, está ese gato. ¿Un gato? Ha aparecido en el jardín. ¿Lo habéis vacunado? No. ¿Crees que deberíamos vacunarlo? Las vacunas son baratas, dice Kristho, te aseguras de que el gato no contraiga ninguna enfermedad. Lailja dice, a mí me da igual que el gato contraiga una enfermedad. El camarero viene con la tarjeta de Kristho. Kristho se echa hacia delante para firmar, mientras el camarero le observa. Cuando acaba, comprueba la firma, y luego regresa con unas copas y una botella de licor. Kristho desliza su copa entre los dedos, la mece. Dice, los animales raras veces contagian enfermedades a los seres humanos, es más corriente al revés. ¿Al revés? Qué tontería más grande, piensa Lailja. ¿Y qué me dices de la peste?, le dice a él. O la rabia. Kristho se lleva el borde de la copa a los labios y sonríe. La rabia hace tiempo que está erradicada, yo tuve perro de niño. Lailja se acuerda de un artículo que leyó una vez en el periódico y que le hizo estremecer. Una mujer intentaba suicidarse tomándose un bote de pastillas y su perro intentaba reanimarla. Había perdido el conocimiento y se había desplomado en la cocina. El perro empezó lamiéndole el cuello. Luego las orejas, la cara. La mujer yacía en el suelo con un bote de pastillas en su estómago que estaban empezando a

transmitirse a su corriente sanguínea. Lailja se vio a sí misma tirada en el suelo de su propia cocina. Había tomado la decisión de morir, quién sabe por qué. Quizá había descubierto que estaba enferma, o que su marido la iba a dejar. O quizá estaba sola. Quizá no tenía amigos y su perro era un buen perro, pero ella había tomado la decisión de morir; una decisión que le habría costado tomar. Y entonces, movido quién sabe por qué extraña forma de afecto, el animal intentó reanimarla haciendo lo único que podía hacer: morder. Al final acabó por despertar a la mujer, pero la dejó sin cara. Sin cara. No figuradamente sino de verdad. Ella intentó quitarse de en medio y ahora no tenía cara. En el periódico no se ponían de acuerdo entre si la intervención del perro podía considerarse una buena acción o no.

Los animales tienen un modo muy particular de comportarse, le dice a Kristho. Yo no los entiendo. Me gustaría, pero no puedo. Kristho dice, cuando un animal te quiere, te quiere de verdad. ¿Quieres decir que ese gato puede querer a mamá más que yo? Kristho vuelve a reír. El camarero se acerca de nuevo a retirar las copas de licor. Gracias, le dice Kristho, tocándole el brazo con la punta de sus dedos. Tu madre es una persona mayor, le dice a Lailja. Lailja lleva su copa adelante y atrás. No se encuentra bien. Habla mucho de papá. Tu padre se marchó, ¿verdad? Hace veintisiete años, dice Lailja. Lo que son las cosas, dice él.

De regreso, le pregunta, ¿tus padres se querían? Se casaron, dice él, supongo que sí. Una boda no quiere decir nada, dice ella. El coche se ha llenado del aire caliente de la calefacción. Lailja baja la ventanilla y la deja así. Él la mira, te vas a enfriar. ¿Te gustaría que nos casásemos?, le pregunta Lailja. Se acuerda de la noticia del periódico. Ningún perro va a comerle a ella la cara si lo puede evitar. Kristho se ríe, pues claro. Cuándo. ¿Cuándo? Pues no sé. Tal vez el próximo otoño. Falta casi un año, dice Lailja. Sí, dice él. Tendré que hablar con mamá.

MIRCEA DICE que cuando tenía seis años su padre lo llevó a una verbena por primera vez. Después, unos militares se llevaron a su padre. Está de pie, a unos pocos metros de Lailja, respirando por la nariz. Lleva un mono no muy limpio. Ha llovido y las calles están llenas de barro, las gotas se descuelgan del tejado y transmiten mensajes cifrados a través del canalón. Dice que su padre era pobre pero importante. Hacía instrumentos, dice. Lailja repite, instrumentos. El padre de Mircea hacía instrumentos, y él es albañil. Come en figones. Escupe. Vive en una pensión. Mircea coge una tubería de cobre y la dobla por la mitad. En sus manos, es como si fuera de chicle. A continuación apunta a Lailja con ella: hizo algo que no debía, dice. Lailja da un traspié y pisa algo que hace cric. El suelo está lleno de virutas de cobre. Hay trozos de tubería junto al radiador. Qué hizo, se oye preguntar. Mircea la mira con la cara contraída, el cigarrillo pendiendo peligrosamente de su labio inferior, mientras intenta romper la tubería doblándola hacia delante y hacia atrás. Nada importante, dice. Tiene la cara congestionada. Por qué no usa el cortafríos, se pregunta Lailja. O el soldador. Los ojos parecen blancos. Una vena le palpita en la raíz del cabello, blanco también. Una cosa política, dice Mircea, ya sabe cómo estaban las cosas por entonces en su país. Lailja no sabe nada. Se pinza los labios, se toca un botón. Empuja una sección de tubería que parece una alianza con la punta de su zapatilla de franela, y la mira rodar. No. Cómo estaban. Suena un teléfono móvil en algún lugar. Tiene la melodía de una conocida canción que se oye a todas horas en la radio. Mircea atraviesa la buhardilla hasta donde está su chaqueta y echa un vistazo a la pantalla antes de contestar. La melodía suena como una provocación. Mircea pronuncia una sucesión de jotas y erres, en voz alta, y luego cuelga. Parece irritado. Tal vez había prometido algo. Que haría alguna cosa. Que iba a volver. Una mujer lo esperaba sentada en la cama con el pelo alborotado. Tiene los ojos

pintados, un tatuaje en la cintura, a veces le sangra la nariz. No tiene ni idea de que el teléfono de Mircea suena así, con esa melodía, cuando ella lo llama para que vuelva. Tal vez es la primera vez que lo hace. Tiene otros hombres. Le da igual.

Mircea aplasta el cigarrillo contra la repisa del radiador, junto a la montaña de colillas. Sonríe a medias, el ceño se le arruga tanto que parece un hombre primitivo a punto de embestir. Dice que su padre fue puesto en libertad, aunque ya nunca fue el mismo que cuando se va. Que cuando se fue, corrige Lailja. Él no comprende la situación. Su madre y su padre ya no salen más a la calle. Se quedan en casa. Encienden el fuego y juegan al parchís. Se sientan juntos en el sofá. El padre de Mircea toca la guitarra, una guitarra que ha hecho él mismo y que tiene cuerpo de mujer. A él mandan a buscarlo al colegio. Lailja se agarra al poste de arranque de la escalera y observa sus ojos hundidos. A veces tiene que regresar solo. Un día, a Mircea lo cogen unos chicos y se lo llevan a un solar. Por entonces había muchos solares en su país. Son unos chicos mayores, a los que nunca había visto por el barrio. Uno de ellos tiene la cara picada y se ríe como una persona mayor. Baja los pantalones a Mircea, los calzoncillos, y Mircea se queda con su cosa al aire. Lloro. Sigue llorando mientras atraviesa el barrio, hasta que su padre le abre la puerta de casa y entra detrás de él. La guitarra está en el sofá. Su madre lo acaricia, le dice, cálmate.

Mircea ha cogido una revista de una caja y escruta con sus ojos azules la página central. Tiene dilatadas las aletas de la nariz. Cuando fuma, el humo le hace entornar los ojos, se le oye respirar. Lailja dice, no tengo a nadie que me ayude a trasladar estos muebles. El sofá era de mi padre. El desplaza los ojos de una página a otra. Dice, hago yo. Cierra la revista, y echa un vistazo al sofá, luego hacia Lailja. Lailja nota su mirada en los hombros, en el pelo, en los brazos. No la mira a ella, sino a su contorno, dejando un hueco vacío en el interior. Dónde hay que llevar, pregunta él. Ella dice que deberían ir al sótano, pero que no sabe si cabrán. Mircea devuelve la revista a la caja y repite, cabrán.

A VECES, LOS lunes por la mañana no oye sonar el despertador. Mamá la persigue por la cocina con la bata medio abierta y una rebanada de pan. Lailja la esquivo en el pasillo, se encierra en el cuarto de baño, con la boca cerrada y los labios apretados en una línea tirante, se cepilla el cabello sin perder de vista la puerta, como si el brazo de mami pudiera alargarse desde cualquier punto de la casa, atravesar paredes y cerrojos, volverse telescópico, forzar sus labios e introducirse en su esófago hasta depositar la tostada en los amedrentados y sanguinolentos pliegues de su estómago infantil. ¡Haz el favor de abrir! Llega tarde al instituto. El baño se hace pequeño a su alrededor. Los azulejos forman intrincadas grecas aristosas, en cuyos núcleos, frutos de colores chillones que parecen bulbos, o granadas, florecen unos de espaldas a otros. Los grifos evacúan gotas de agua agonizantes. Sus hermanas aporrean la puerta queriendo pasar. Lailja aprieta las púas del cepillo contra su cerebro, mientras, en el transistor de la cocina, un locutor da las ocho menos diez. Último aviso para llegar a tiempo a tomar el autobús. ¡Lailja! Revuelo de loza y cucharillas, tenedores y platos, y su madre asomando una tostada negra, negrísima, por la ventana de cristal esmerilado del cuarto de baño, que no tiene tirador.

¡Llego tarde, mamá! Mamá moja la tostada en un poco de leche que ha sacado del cartón, y se acucilla en el suelo junto a Byron. Es como le ha puesto al gato. Byron. Toma, mi cosita, ronronea. ¿A que tú sí quieres desayunar? El gato, desplazando su cuerpo a cámara lenta, como si no fuera uno, sino varios, acerca su hocico a la tostada, despacio, y tras olisquearla, se aleja con ella cauteloso. Eso te pasa por trasnochar, dice mamá. Lailja bebe un sorbo de su café. Le quema la garganta y le baja haciendo raya hasta el estómago. Se siente desmayada. Fría por fuera y, por dentro, con mucho calor. Deja la taza en la pila y sortea a mamá para ir a buscar las llaves del coche en el aparador. Si te hubieras acostado temprano no habrías

pasado la noche tosiendo, dice mamá. Lailja se pregunta cómo sabe que tosió. Pero es su madre, lo tiene que saber. Es tarde. ¿Qué hacías levantada?, le pregunta a mamá. Mamá se da la vuelta y abre un grifo, no podía dormir, dice, subí a la buhardilla a ver la televisión. Siempre estás en la buhardilla, le reprocha Lailja. En la buhardilla no se puede estar, hace frío, no está acondicionada. Mamá se frota las manos con un paño, unas manos delgadas, blancas, bulbosas, y dice, esa buhardilla está muy desaprovechada. Las vecinas venían a casa a pedirle consejos a mamá. No me escucha. No ha venido a dormir. Las niñas ya no quieren estar con él. Ahora mamá parece un ser extraño, desvalido, una de esas alimañas de ojos grandes con que la Naturaleza dota a quienes, se diría, tienen pocas probabilidades de sobrevivir. Ese hombre no piensa mucho en ti, me parece. Qué hombre, dice Lailja. Ese. Tu amigo, dice mamá.

El cielo está cubierto de una hinchada bóveda gris, como un algodón pisoteado. Se ha puesto a llover. Las gotas repiquetea en el techo del coche como en un mensaje telegrafiado, punto, punto, raya, punto. Piensa en la cita de ayer. Salió demasiado desabrigada, lo más probable es que se haya resfriado de verdad. Como para corroborarlo, un estornudo le cosquillea en la garganta. Atraviesa la laringe y estalla en la nariz. Terremoto en el cerebro. Un pañuelo. Ha dejado el bolso en el asiento trasero y no llega a tiempo a por él. Mamá tiene razón. Si Kristho no se preocupa por ella, quién lo va a hacer. No deberían haber salido, deberían haberse quedado en la cama, calentitos. Debería haberle dicho a Kristho, lo decimos de una vez. Y que la gente murmure.

Esta mañana, todos se apresuran por la acera vestidos de manera desigual. Unos con botas, otros con zapatos. Unos con chubasquero y otros con camiseta de algodón. Seguramente no tienen nada apropiado en los armarios. Los calcetines de lana están en el altillo desde el invierno pasado, dentro de una caja de cartón. Los abrigos, en el desván. El otoño es así. Huele a humo. De noche, las ramas de los árboles se alargan hasta rozar con las hojas la alambrada de un jardín, y por la mañana no queda en el aire más olor que el del humo. La lluvia no lo disuelve. En el suelo, las hojas se persiguen. Debería haberle dicho a Kristho, no tiene ninguna importancia

que lo sepan. Pero Kristho es un hombre conservador. ¿Va a casarse el próximo otoño de verdad?

Cuando llega al instituto son más de las diez. Las voces de sus alumnos se oyen en el pasillo antes de entrar. El instituto es un sitio feo, mate. Hay crucifijos en algunas aulas, ceniceros en los baños, sobre el portarrollos del papel, vitrinas con fotografías deslustradas en el salón de actos y el de profesores, con gente de pelo largo y patillas y pantalones de campana y bigote. A menudo, cuando se llega muy temprano, las mujeres de la limpieza están desinfectando los suelos con un detergente que hace llorar.

Cuando abre la puerta, un bolígrafo vuela de una parte a otra del aula, silbante, y se estrella contra el cristal de un ventanal. Lailja se sienta en su mesa y espera. A veces tardan un rato en darse cuenta de que está ahí. Un latido taladra su sien izquierda. Se oprime con el dedo y respira. Tiene taponada la nariz. El otoño es la época de los resfriados y las gripes. Ojos llorosos. Narices moqueantes. ¿Qué haría alguien que tuviera que casarse en otoño con la nariz taponada? Un chico dice, a las seis es buena hora, a otro situado dos filas más atrás. Otro eructa. A veces tardan mucho mucho rato en reaccionar. *El mercader de Venecia*, les dice. Teníais que haberlo leído para hoy. Nadie contesta. Con una ametralladora no tardarían en reaccionar y darse cuenta de que ya está ahí. Mirad a vuestro alrededor, insiste. Unos pocos miran, los idiotas. Dirigentes políticos, financieros, enumera. Todos tienen dinero, poder. Y eso parece ser lo más importante en sus vidas. Lo mismo le ocurre a Shylok. Alguien dice, ¿a quién? Carcajada general. Cada año que pasa sus alumnos son más rudos y más grandes. ¿No son cada año más grandes? La intimidan. Algunos de ellos tienen barba y pelos en los dedos. La mayoría son hombres que podrían tumbarla de un empujón. Piensa, la ambición es un tema de plena actualidad, pero no se lo dice a ellos. ¿De qué os reís?, les pregunta. En el fondo les odia. No es un sentimiento nuevo, ha ido madurando poco a poco. En el fondo nunca le ha gustado enseñar. Lo que ella habría querido realmente no es viajar. Viajar en solitario. O escribir. Una vez empezó una novela. Trataba de una adolescente que ayudaba a su padre a dejar de beber. El padre era un hombre violento, visceral. Se documentó. Preguntó. Pero nadie le dijo si lo hacía bien o mal, así que se inscribió en unos cursos por correo. Escribían

diálogos y *jaicus*. Epigramas, ejercicios de redacción. Pero en su novela no había ni diálogos ni *jaicus*, no había personajes, en realidad. Era todo un largo y tedioso monólogo en el que no se oía otra cosa que su propia voz. La suya. La voz de Lailja era algo que ya conocía, la oía todos los días, así que se cansó.

Basta, dice, y la maldición cae sobre ella. Algunos de sus alumnos ni siquiera pestañean. Otros están hablando con los compañeros que tienen delante, al lado, detrás. Tal vez en otro momento intentaría hacer algo, pero hoy no. Se limita a guardar silencio. Le duele la cabeza, no puede respirar. Junta ambas manos sobre la mesa y dice, con cansancio, Antonio ha pedido dinero prestado al judío para que su amigo Bassanio se pueda casar. Un chico y una chica, en la penúltima fila, están cambiando miraditas y pasándose notas entre sí. No es de lo peor que ha visto. En cierta ocasión tuvo que echar a dos adolescentes del aula porque se estaban tocando. No se ocultaban. Hay personas que se ocultan tras los árboles. En el parque. A media tarde. ¿Qué clase de persona no se ocultaría? A Kristho no se lo pudo contar. Abrió la puerta del aula y se los encontró allí, sentados uno encima del otro. La mano de él sobre un pecho de ella. La de ella, dentro del pantalón de él. Kristho no lo entenderá. Ni siquiera paran cuando ella entra. Ni siquiera la ven. Quien se case en otoño tendrá que llevar un vestido abrigado, piensa.

Algo recio, sobrio. Con mangas. ¿Qué clase de boda tendrán? Se queda parada, no se puede mover. No puede apartar la vista de los dedos que oprimen el morado pezón. Del largo miembro que asoma a través de la cremallera. Si se casa con Kristho tendrá que ir a vivir con él. Un año. Así que pase el otoño, la primavera, el verano. Suelta la cartera en la mesa y solo entonces, como si hubieran sentido un rumor lejano, una tormenta, los dos cuerpos se separan, los ojos medio cerrados y brillantes, y se alejan. Arreglar sus asuntos. Pensar qué hace con mamá.

Suena la campana. Lailja dice, *El mercader de Venecia*, no lo olvidéis. Una horda desordenada pasa por delante de su mesa. La golpean. Ninguno dice adiós. La literatura inglesa ha ejercido siempre una mala influencia sobre ella, piensa, un bosque se acerca a Dunsinane, Shakespeare no es de lo peor. En su novela, la del padre violento, se notaba que la protagonista

quería parecerse a Jane Eyre. Independiente. Triste. Pertinaz. Se suena la nariz. Se supone que dentro del colegio no hace frío, que Kristho no escatima en calefacción. El director anterior, al que Kristho vino a sustituir, hizo instalar unas cuadras, pero se ahorra dinero en calefacción. Pasaban frío. Cuando Kristho lo sucedió, los caballos acababan de llegar al colegio y los profesores estaban a punto de declararse en huelga. De esto hace algunos años. Cuando se case con Kristho, piensa, podrá solicitarle la jefatura de estudios.

Alguien ha dejado en el suelo un envoltorio vacío, se agacha a recogerlo. Le duele la cabeza. Mira por la ventana, lo arroja por ahí. Su siguiente clase no empieza hasta las dos. Puede quedarse allí. O puede ir a la biblioteca a leer. En la sala de profesores se fuma demasiado y nadie habla delante de ella a causa de su relación con el director. Si le ofrece ese puesto, ¿por qué no habría de aceptar? Tal vez se lo ofrezca, es su marido. Tal vez no. Tal vez a ella le gusta quedarse en casa mientras él va a trabajar, como hacía cuando estaba casada con Noelle. Se sienta y le espera repasando sus libros, en la mesa de la cocina, solo le falta una asignatura para aprobar. Cuando apruebe sacará la oposición y podrá ponerse a trabajar. Él llega y dice, qué día, el tráfico está fatal, y la besa en la mejilla mientras se quita el abrigo, un abrigo muy caro que le sienta tan bien. Lailja dice, me aburro, todo el día aquí sola, vamos a pasear. Y Noelle está ya en el pasillo, la camisa desabotonada, la ducha en marcha, tirando del nudo de la corbata, y se sienta a los pies de la cama de su habitación, la misma habitación donde Lailja se masturba cuando él no está. Necesito ducharme, estoy cansado.

Siente un escalofrío. Seguro que tiene fiebre, le palpita la sien. No debería haber salido hasta tan tarde ayer. Debería haberse quedado en la cama, mamá tiene razón. Tal vez Kristho no piensa mucho en ella.

Hay una escalera de mano bloqueando la puerta de la biblioteca, un bote de pintura, pero no dice por ninguna parte que no se pueda pasar. Adelante, dice la encargada que se halla al otro lado del mostrador. Ya están acabando. Lailja la saluda con la mano, pero no se decide a entrar. Estoy buscando un libro de George Eliot, grita, *Middlemarch*. ¿Cómo?, pregunta la encargada. *Middlemarch*. La luz de la ventana que se halla al otro lado se

refleja en el suelo y lo hace brillar. Parece la superficie opaca de un lago gris. No lo he oído mencionar, dice la encargada. Está cómodamente instalada detrás del mostrador. Es gorda o está embarazada, una de dos. Hay un personaje femenino que tiene una extraña relación con un hombre mayor, dice Lailja. Dorotea. ¿Dorotea? No está enamorada del hombre, dice, solo lo admira. Cree que podrá amarlo cuando se case con él. La encargada examina el lomo de unos libros. Dice, cómo acaba. Mal, contesta Lailja. ¿Por qué no entra?, insiste la mujer. Es que no sé. Lailja mira a su alrededor. No es superstición, es que la escalera está manchada. Podría rodearla, aunque parece lo bastante alta como para pasar por debajo. Al final recoge el faldón de su abrigo y se decide. Agacha la cabeza, pero entonces alguien dice algo en un idioma extranjero, *numaicobi*, la retiene por el hombro. El suelo está resbaladizo. Lailja da un traspié y cae.

El golpe es aparatoso. El dolor parte de sus riñones. Luego recorre el espinazo, da la vuelta a la cabeza, las muelas, y por último regresa a la región lumbar. Abre los ojos. Desde el suelo puede ver la escalera oscilando por encima de sí. La encargada dice, Dios mío, y sale corriendo del mostrador. Una vez oyó que un niño tropezaba en un bordillo y se partía un riñón. Intente moverla, le dice al hombre que la ha hecho caer. Él ha caído también, está arrodillado a su lado. Es el pintor. Tiene la mandíbula cuadrada, el pelo blanco, azul. Lleva pintura en las uñas. Si se ha partido un riñón tal vez la tengan que operar. Tal vez no llegue al otoño, no se pueda casar. El hombre le pone una mano en el costado, por encima de la cintura, otra bajo la axila, y tira de ella hacia arriba.

Huele a sudor. Tira con tanta energía que parece que Lailja fuese a echar a volar. Se aparta de él. Él arruga los ojos pequeños y azules, hundidos bajo espesas cejas rubias, se sacude las mangas y las perneras del pantalón, dice algo incomprensible, lleno de erres, sin mover apenas los labios, unos labios pequeños en forma de M. Señala la escalera, *numaicobi*, superstición. La encargada dice, voy a avisar al director. Lailja dice, no se marche, pero la mujer se ha ido ya. Es gorda, nada más.

En algún sitio se oye un transistor. Lailja se acerca a la ventana y mira la hora en su muñeca. El abrigo le pesa, está lleno de pintura, mira hacia el exterior. Al otro lado ha empezado a llover. Está oscuro. Hace frío, le

duelen los riñones. La sien le palpita, deprisa, enloquecidamente. El cristal refleja la lámpara, unas filas de libros, al pintor. Tiene los ojos hundidos, de un azul casi blanco. Dice algo, gorgotea. No es de aquí. El pelo amarillo. Por el cuello, Lailja siente una humedad pastosa. Pintura. Carne de gallina en toda su piel. No mi culpa. Parado en la calle, frente a la entrada del colegio, hay un hombre con gabardina y aspecto de profesor. Tal vez sea el padre de algún chico. Socorro, dice mentalmente Lailja. La sien le palpita tan enloquecidamente que teme que se le vaya a romper. El pintor abre y cierra la cremallera de su mono, saca algo del bolsillo. Un cuchillo. Un paquete de cigarrillos. Lo golpea por la parte inferior y se lo acerca, sonriendo, media cara nada más. Lailja retrocede, dice, no. Le hace señas al profesor. Le pide que se vuelva. ¿Podría ella casarse con alguien solo porque fuera profesor? En el cristal, la cerilla se incendia e ilumina durante breves instantes su cara. El pintor hace ruido al respirar. Parece un soldado. Un invasor. Tal vez lleve un número de serie tatuado en el cuello, como los presidiarios. La pintura se enfría en su espalda, le hace estremecer. Dice algo enfadado, como si mordiera cuero duro, y señala algo a sus pies. Lailja se observa. Tiene sangre en el zapato. En su empeine hay una herida pequeña de la que mana un hilillo rojo, casi azul, una serpiente sinuosa que se enrosca por debajo de las medias. *Nu voi face rau*, dice el hombre mientras se acucilla en el suelo delante de ella, a sus pies. Lailja retrocede, le pregunta, ¿qué hace? Sus rodillas son inmensas. La lluvia golpea con violencia el cristal. El pie desnudo de Lailja parece casi blanco entre las manos rasposas, duras, de uñas sucias, sin recortar. Es pequeña. Se sienta en el suelo con las piernas abiertas, agarrando la tierra, a jugar. Un hombre se le acerca y le dice, hola bonita, sin apartar los ojos de ella, sonriendo, mirándola hacia dentro con su boca muy abierta, inmensa, llena de oscuridad. Lailja piensa que es un amigo de papá. Le dice, hola, y sigue escarbando la tierra con su trozo de ladrillo, un castillo, una excavadora, los ojos de su muñeca muy abiertos, mirando al sol. El hombre se acucilla y juega con la tierra él también. Eres muy guapa, le dice. Lleva el pelo un poco largo, peinado hacia atrás, como papá. Sonríe, las puntas de sus dientes afiladas. Dice, qué tienes ahí, mientras aproxima su mano, una

mano inmensa, que se parece a una mariposa negra. Sus dedos están sudorosos, la tierra seca se le pega a la piel.

Esta vez, echa a correr. El abrigo, la pintura, las manos del pintor tiran de ella hacia atrás, pero escapa y corre por el pasillo del colegio, sudorosa, sin aliento, hacia el exterior. Cuando entra en el coche y pone en marcha el motor la sienten le late a toda velocidad. Le va a reventar. Le tiemblan los dedos. Le duele el pie. Llueve. El agua resbala por el parabrisas impidiéndole ver el exterior. Se ha dejado el zapato en la biblioteca. Su zapato. Pero no piensa regresar a por él.

***OceanofPDF.com***

HACE AÑOS QUE no está convaleciente. No sabe qué hacer. Se aburre. Cambia de lado en la cama. Abre el cajón de la mesilla y saca el prospecto de un aerosol, lo lee, lo vuelve a guardar. Mamá ha venido por la mañana para ventilar la habitación. Ha corrido las cortinas, ha subido la persiana, ha abierto la ventana y dejado pasar el humo ocre, fresco, azul. El tiempo ha cambiado. Ahora los días son más cortos, a veces dorados. Lailja intenta levantarse, pero mamá vuelve enseguida gritando, vete a la cama, te vas a poner peor. Se ha cambiado de peinado. Papá la coge por detrás, la besa en la nuca y le hace cosquillas en los costados, como en las películas de amor. Mim dice, hazle caso a mamá —es mucho más pequeña que ella, pero siempre actúa como si fuese la mayor—. Para ella es fácil. Siempre hace caso a mamá. Siempre quiere estar con ella, la sigue cojeando, pisando las tablillas de parqué por donde ella ha pisado, mientras mamá pregunta sin volverse, has hecho los deberes, has guardado tu ropa, has recogido tu habitación. Lailja dice, no es para tanto, un simple resfriado nada más, pero obedece y vuelve a la cama otra vez. En el fondo le agrada. Mamá cuidándola como cuando era pequeña, como cuando Mim no estaba, ni Lotta, solo ellas dos. Cuando el gato no merodea, incluso se queda a su lado hasta la hora de comer. Pone la radio. Hace punto. Habla de sus hermanas sin levantar la vista de la labor. Lotta se ha comprado un ordenador. Mim ha vuelto de Taiwán. Su marido se ha torcido el tobillo al bajar del avión. El marido de Mim estaba enfermo del corazón. Mim lo conoció en el hospital donde ejercita la pierna. Mamá le dijo, tú sabrás lo que haces, por el pasillo, con Mim detrás. Mim se compungió tanto que durante días no quiso comer. Cojeaba como una mesa de tres patas. Bernard llamaba por teléfono y mamá decía, no se puede poner, pero Mim se levantó un día de la cama y los dos salieron adelante, ella y Bernard. En la radio dan una noticia sobre ovnis. Mamá corre las cortinas porque no ve bien los puntos de su labor.

Dice, en la buhardilla, si hicieras obra, podría vivir yo. Una luminosa pantalla cubre el cielo, que está azul, que está tan cerca que podría tocarse con un palo. Suena el teléfono. Es Kristho. Quiere saber si Lailja vendrá hoy a trabajar. No lo sé, contesta ella. Los ovnis llevan viniendo desde el comienzo de los tiempos, dice el locutor. Me duele la cabeza y tengo congestionada la nariz. ¿Y si el tiempo mejorara?, pregunta él. Pero los árboles no paran de agitarse con un viento cadencioso que se mueve al ritmo de las horas. Va a llover. No lo sé.

Mamá sube a la buhardilla a echarse un rato en el sofá. ¿Por qué no duermes en tu cama?, le pregunta Lailja, pero mamá dice, me gusta más ahí, se está bien. Si hicieras obra, se estaría mejor. Lailja se suena. Arruga el clínex y lo arroja por ahí, lo ve rodar debajo del colchón. No puede respirar. Le duele entre los ojos, la punta de la nariz. Se levanta cuando mamá se aleja y se encierra en el cuarto de baño. Se peina frente al espejo, se lava la cara en el lavabo. La cabeza le pesa como si llevara dentro una bala de cañón. Igual tiene un ojo más alto que otro, se mira, la cara asimétrica. Como la abuela, le dice papá. Busca el inhalador en el armario y se lo mete en la nariz. Hasta el fondo. Hasta que el daño le hace llorar. Y luego aprieta un poco más. Mim está llorando en su habitación. ¿Qué pasará si sigue apretando? En ocasiones, Mim sueña, se despierta en medio de la noche, sudando, dice que un monstruo ha entrado en la habitación. Papá se levanta en calzoncillos, sus talones golpeando el parqué, clavándose en el silencio mortal del corredor. Por la mañana, cuando Lailja va a desayunar, papá le está tirando de las trenzas, o haciéndole morisquetas, a Mim, que está sentada en la mesa mirando fijamente su tazón, y dice, solo fue un sueño, nada más que un sueño, todo está bien. A Lailja le da envidia. Ella quisiera tener trenzas, pesadillas, como Mim. A través de las lágrimas ve que su nariz se ha deformado. Que se ha puesto roja, morada, que empieza a destilar un líquido blanco. Siente una punzada en el ojo, pero no puede parar. Sigue apretando. ¿Puede una persona trepanarse el tabique nasal? Esa herida de su pie, ni siquiera le ha dolido, en cambio esto... El dolor empieza a extenderse por la oreja, el pelo, le recuerda que está hecha de carne, de alguna cosa mortal. Conviven con nosotros, dice el locutor. Los ovnis son nuestros amigos. Están ahí. Puntos parpadeantes en el fondo de

un estanque al atardecer. ¿Qué diría Kristho? ¿Qué pensaría si la hospitalizasen por un derrame cerebral?

***OceanofPDF.com***

MIRCEA HA TRAÍDO un dulce de su país. Es duro y seco, se pega al paladar. Lailja dice, no tenía por qué haberse molestado. Él ha mirado hacia otro lado, a la nevera, a la puerta de la alacena, que tiene un desconchón. Es probable que aún no haya cumplido los cincuenta, piensa Lailja. Un hombre joven. Un poco más de café, le pregunta. La piel no se le abolsa en los ojos, no jadea al erguirse, tiene el tabique nasal desviado, como un boxeador. Dice, bueno, mientras echa un vistazo al resto de la cocina. El lavaplatos, la campana extractora, el escurridor. Mamá ha pelado patatas y las ha dejado allí. Papá entra detrás de ella y dice, bueno, me voy. Mamá no se vuelve ni mira cuando papá se despide. Sus hombros son como una cortina que oculta lo que hay detrás. Tal vez vacilan. Pero no se mueven. Suena el timbre de la casa de al lado. Mircea gira la cabeza con rapidez, casi con violencia, como un ave rapaz. Mi madre ha ido al médico, explica ella, mientras le sirve más café. Mircea pellizca un trozo de dulce y bebe. Dice que es típico de Navidad, un dulce muy común en su país. Se llama turrón. ¿Turrón?, pregunta Lailja. Hace ruido al masticar. De joven él mismo lo amasó. Se sentaba delante de una chica, como se sienta ahora, que le miraba de soslayo mordiendo con sus labios entreabiertos el turrón, una chica de su pueblo, amasando el dulce típico, con las mismas manos que ahora echan abajo la buhardilla. Dice, hace calor. Lailja mira detrás de su silla, como si allí se hallase la respuesta. Un incendio. Un fogón encendido. El radiador. La puerta del jardín tiene la cortina medio abierta. Está lloviendo. Tras el cristal se han reunido una miríada de gotas que forman un mapa indescifrable. Frío. Puede bajar la calefacción, le dice a él. Tiene las uñas amarillas. Bajo la coriácea cutícula, ancha, pulida, se adhieren restos de pintura blanca, ocre, azul. Mircea señala su cuello, dice, Jesús. Ella tarda un rato en reaccionar. Ah, se refiere a su colgante. Lo coge. Es una cruz que le regaló papá. Mi padre era viajante, dice. Mamá ha dejado la comida, y sale

a la calle con él. Pero solo lo acompaña hasta el coche. Papá lleva su abrigo de domingo, no el de ir a trabajar, es una prenda elegante. Se mira las manos al hablar como si no las conociera, como si estuviesen muy lejos o llevara puestos guantes. Cuando apoya las maletas en el suelo mamá dice, vete ya, las niñas... están a punto de volver. Mircea se palpa el pecho por debajo del mono y saca un objeto pequeño y dorado, familiar. Otra cruz. Es un hombre religioso, piensa Lailja. Tal vez, católico. En la iglesia se pone de rodillas, con las manos recogidas, mueve los labios y luego dice amén. Mircea la besa y la vuelve a guardar. Su boca tiene forma de M. La hendidura de su labio superior es pronunciada, infantil. Tiene una sombra de bigote leve, rubia, que brilla en las comisuras del mentón, que se expande hasta perderse por detrás de las orejas, donde la piel es tirante y brilla a causa del sudor. Dice que cuando era joven trabajó en una gasolinera. Separa las piernas, mira por la ventana al exterior, con aire remoto. Lailja le observa. Es probable que dejara de estudiar. En la gasolinera, con los compañeros, hacía bromas, apuestas, escuchaba la radio. La chica, siempre una chica diferente, lo viene a buscar en un furgón que él conduce hasta las afueras del pueblo, hasta un descampado, donde pasan a la parte de atrás. Mircea apoya un labio sobre otro, los abre un poco, para respirar, y dice, trabajo es bendición. Lailja contesta, sí. Cruza las piernas y las aprieta por debajo del mantel. Sabe que debería despedirse de papá, pero no lo hace. Abre su cuaderno de física y piensa cuánto tendrá que acelerar un vehículo que circula hace una hora procedente del sur por una carretera larga, inhóspita, que no tiene curvas, que es una estrecha línea recta clavada en el horizonte, en el espejo retrovisor, si quiere alcanzar al de papá. Mircea arruga los ojos y mira su taza de café, por debajo de las cuencas y del pronunciado hueso del arco ciliar. Enciende un cigarrillo y expulsa el humo por la nariz, hacia las patatas de mamá, cuya piel se está poniendo mate. Después la mira a ella, fijamente, a los ojos, y repite la palabra bendición.

MAMÁ DICE, por qué no haces obra en la buhardilla. Yo podría vivir allí. No tendrías que preocuparte. Tendría mi propia vivienda, un poco más de independencia. Pero tú ya vives aquí, mamá, le dice Lailja. Tiene taponada la nariz. Se oye a sí misma hablando como desde el interior de una cuba, de una bañera, de un útero materno. Hoy hace un día tan radiante que no parece que se acerque el invierno, varios pájaros trinan en el jardín. Hace un poco de calor. Mamá pone en un recipiente las yemas de unos huevos, aceite, sal. Habla de independencia un rato más. Cuando era joven, dice, tenía un novio llamado Osmund. Lailja ha oído hablar de Osmund. Era rubio, de ojos azules, pálido como una sábana, quizá alemán. Pero no sabe qué tiene que ver con la buhardilla. Nos íbamos a casar, dice mamá. Se frota las manos con un trozo de limón. Las manos de mamá son nudosas, azuladas, pero operan con extrema precisión. Pela un ajo, lo machaca, lo parte en dos. Tuve que dejarle para venir a la ciudad. Lailja aparta una silla, se sienta en ella, frente a mamá, le pregunta, a qué viniste. A trabajar, dice mamá. Era joven y trabajaba. Tenía sueños. Ahora es mayor, solo le queda aguardar. Sin embargo, quiere independencia. En la buhardilla estaría muy bien, sugiere arqueando las cejas. Solo habría que acondicionarla, avisar a un albañil. No la mira cuando habla. Mamá nunca mira a nadie al hablar. Mira por encima, hacia un lado, a un botón. Roza un hombro, una mejilla, un lunar, con sus pestañas raídas que parecen las uñitas de un pájaro. Qué fue de Osmund, pregunta Lailja. No lo sé, dice mamá, y se pierde en la contemplación de sus dedos. Para ser independiente había que venir a la ciudad. Vivir en una pensión. Trabajar en una tienda de modas. Decorando un escaparate, un hombre que pasa le dice algo obsceno a mamá, una procacidad. Es viejo y se ríe como un tiburón, mostrando los dientes. Mamá se arregla la blusa, se aparta el pelo de la frente sudorosa, llama al encargado, se llevan al hombre de allí. Con la piel insensibilizada, Lailja se

suenan la nariz. Oye a unos chicos corretear en la calle, golpear con sus zapatos en la acera, detenerse muy cerca. Mamá dice, aún me puedo valer por mí misma. Es verdad. Antes venía a buscarla al colegio a la hora de salir. Tienen que ir al dentista. A Lailja le da miedo el sonido del torno, que le hagan daño con la fresa, pero hoy el dentista termina muy pronto y mamá le compra un helado antes de subir al autobús, que con la boca insensibilizada por la anestesia le resbala por el mentón. Cuando llegan a casa, Mim está llorando. Tiene la frente sudorosa, el pelo en la boca. Mamá la lleva a su cama, la acuesta, aunque es de día, le canta una canción. Abre y cierra las puertas de la casa, buscando algo. Si me hubiera casado con él no estaría hoy aquí, dice mamá. Con quien. Con Osmund. Se limpia las manos en una servilleta de cocina y revuelve en el cajón. Tijeras, cuchillos, una piedra de afilar. Luego mete la batidora en el recipiente y hace funcionar las hélices hasta que la mezcla cambia de color. Tiene razón. No habría conocido a papá, piensa Lailja. Ni ella ni sus hermanas estarían aquí. O tal vez sí. Serían rubias, de ojos azules, alemanas. Las hijas de otro hombre. Alguien llamado Osmund.

MIRCEA ESTÁ EN el salón. Hay una lagartija en la pared, reptando por ella y asciende haciendo zigzag. No sé cómo ha entrado en casa, le dice Lailja, me da miedo tocarla. Se agarra los dedos con asco, como si le hiciesen cosquillas, como si ellos fuesen el animal. Tal vez haya grietas. Grietas, dice él. Se ha desabrochado el mono y lleva el torso al descubierto. El vello rubio, casi blanco, bajo la cadena y la cruz. Grietas. Señala la puerta del jardín. A veces, mamá llama a papá cuando una langosta entra en casa. Está colgada de la cortina. Gigante, obscena, descomunal. Como una fíbula africana. Verde como un langostino crudo, asquerosa y extraña como él. Está tan quieta que podría pasar inadvertida, se diría que está muerta, que siempre ha estado ahí, que no es de verdad. Mátala, le dice a papá. Mircea sonríe con media cara. Arroja al suelo una pala, una brocha, hace sonar su llavero dentro del pantalón. Se rasca la mandíbula inferior cuando pasa junto a Lailja —que aguarda cerca de la puerta—, arrogante, animal. Dice algo húmedo entre dientes, lleno de ges. Lailja da un paso hacia atrás. Sin que nada lo delate, la langosta ha dado un salto con las alas extendidas y vuela por delante de su cara, rozándola con el aire que desplaza, cruzando a cámara lenta la habitación. Lailja sale corriendo descompuesta, con el vello erizado. Cierra de un portazo tras de sí. Sabe que durante días no podrá quitarse de la cabeza el ruido que ha hecho el insecto al posarse. ¡Klak! Un ruido físico, material, como dejar caer un tenedor. Papá se ríe y trata de atrapar la langosta, la persigue, sin hacerle daño, cogiéndola por las alas, para soltarla de nuevo en el jardín. ¿Por qué la vamos a matar?, se ríe fuerte, a carcajadas. Mircea dice, *larjartija*, con las llaves en la mano, con una mano dentro del pantalón. Lailja le dice, mátela. Mátela, me ha oído, mátela. No puede evitar pensar que se quedará allí para siempre, en la casa, acechando, agazapada como un dolor. Pero papá la coge entre el pulgar y el índice y la mira con curiosidad, y se ríe, se ríe tan fuerte que Lailja teme

que se le acerque con ella y la mueva delante de su cara para que Lailja se ría también.

***OceanofPDF.com***

KRISTHO DICE QUE su madre está a punto de morir. Lo dice sacudiendo la cabeza, mientras fija la vista en una vena azulada que circunda el pezón de Lailja. Lailja se retrepa en la cama. Apoya la cabeza en la almohada, tira de las sábanas hacia sí, hasta cubrirse los pechos con ella. Por la ventana del dormitorio de Kristho entra la luz del atardecer. Hace sol. Las listas de la persiana se dibujan en la pintura del techo. Como en una jaula. No sé qué voy a hacer, dice él. Lailja le toca la cabeza, le pasa los dedos por el pelo. Tiene el pelo sedoso, negro; abundante, huele dulzón. Debería decir algo, cualquier cosa. Pero se siente pegada a la cama. La lengua, aplastada contra el paladar, parece un animalito muerto. Hace un rato, cuando estaba oscuro, mientras jugaba con el miembro de Kristho dentro de su boca, tuvo que cerrar los ojos. Eso hizo que él se regocijara. Que sonriera, que se alargaran las comisuras de sus ojos, le sujetara la cabeza y exclamara, sí, sí. Que se corriera. Ahora se aferra a sus dedos. Mira los dedos de Lailja, los cuenta, se los mete en la boca, los chupa, los besa. Ella piensa que Kristho es como un niño, necesita que le hagan sentir bien. Dice, a lo mejor se pone bien. Él contesta, es muy mayor. Es verdad, piensa Lailja. No vale la pena mentir. Le acaricia con sus dedos húmedos la espalda, la cadera, piensa que la madre de Kristho es muy vieja, tan vieja que es como si hubiera muerto ya. El jadea. Se deja hacer. Sus ingles están empapadas en sudor. Lailja le separa los muslos. Remueve el vello áspero con su dedo, lo aparta, busca una región más tersa de piel. Luego la oprime, la empuja, adelante y atrás. Una puerta se abre. No puede verlo bien, pero es papá. En su oficina hace mucho calor. Por la ventana entra el tenue resplandor de las farolas. Huele a cuero y a sudor. Una cremallera de luces muerde el cristal, detrás de él. ¿Qué haces aquí?, dice papá. La carne está morada alrededor de sus dedos. Kristho gime, me haces daño. Lailja siente un íntimo rechazo. Acerca su

boca. Dice él, qué voy a hacer. Pero no se mueve, se queda quieto. Se deja hacer.

***OceanofPDF.com***



HA SOÑADO CON papá. Los dos bajaban en canoa por un río africano, verde, infestado de cocodrilos, sus mandíbulas batientes abriéndose y cerrándose, la piel cuarteada brillando como un neumático mojado al sol. Mientras navegan, papá le explica a Lailja los diferentes nombres de las cosas. Eso es un bahariño. Eso una samendra. Eso un otincol. Maneja muy bien la embarcación. Lailja siente un poco de miedo, las flores que crecen en la orilla desprenden un misterioso aroma, dulce, narcótico, ancestral. Algunas tienen unas hojas carnosas de las que sobresale un pistilo grande y vertical. Papá dice, no tengas miedo, y sonrío. La colilla de su cigarrillo pende de la comisura de su boca, pero no se le cae. Lleva pantalones de explorador. Lailja mete una mano en el agua, verde, sólida, que parece pesada, y la vuelve a sacar. Pregunta, dónde está mamá, pero papá no la oye. Atraca la canoa en la orilla, junto a unas raíces bulbosas, y mira hacia arriba haciendo pantalla con la mano. Es allí, dice, allí arriba. Lailja mira. Está muy alto, no podrá subir. La ribera es escarpada y está cubierta de vegetación. Troncos, lianas, rocas; un lodo caliente y azul que explota en pompas. Papá dice, vamos, y comienza a escalar, pero Lailja se queda donde está. Su cuerpo es sólido, pesado. Se pega al suelo como si llevara un imán. Cuando papá se da cuenta, regresa a su lado y dice, venga, hombre, si no es para tanto. Se cruza de brazos. Espera que ella haga algo. Lailja piensa en los dibujos animados, en el Correcaminos. En la atmósfera. En la ingravidez. Pone un pie en la roca y resbala. Papá se ríe. Dice, te pesa el culo, y le da a Lailja un empujón. Lailja protesta, ¡papá! No le gusta que haga eso, se siente avergonzada, leve como un gas. Qué, no he sido yo, ríe él, y repite su broma una vez más. Le gusta bromear. A veces bromea hasta que ya no tiene gracia, hasta que mamá le dice, déjalas en paz. ¿Qué pasa?, dice él, ¿no puedo bromear con mis hijas?

La orilla se desmorona, no es firme, no hay donde agarrarse. Lailja se rasguña las rodillas intentando alcanzar la cúspide antes que papá. Al final lo consigue; su pecho jadeante, el pelo hecho hebras. Casi no puede respirar. Abajo, una alfombra verde oscuro cubre el suelo, hasta más allá del horizonte, hasta juntarse con el sol. Hay cebras —un manchón de rayas blancas y negras que atraviesa la sabana—, elefantes, gacelas. ¿Qué es eso de allí?, le pregunta a papá. Parecen serpientes. Crecen en los árboles, cuelgan como estolas y pañuelos de un perchero. Le da miedo. Me quiero ir, dice, pero papá ya no está. No hay nadie con ella. Mira en torno. El miedo la paraliza, no se puede mover. Las serpientes se descuelgan de los árboles, sinuosas, brillantes, como cilindros de agua, como agua sólida, a clavar sus dientes afilados y negros, pequeños, en sus pies.

***OceanofPDF.com***

HAY UN HOMBRE PARADO frente a la entrada del colegio. Tiene los ojos azules. El pelo amarillo. Cuando Lailja se acerca, dejando el aparcamiento atrás, da un paso hacia ella, la retiene por el hombro. Me llamo Mircea, dice. Lailja se aparta, lo observa. Lleva una chaqueta gastada, de cuero, que le da un aspecto fiero, de explorador. De refugiado político. Parece un maleante. Intenta sobrepasarlo, pero él saca del bolsillo un paquete envuelto en papel de periódico, y la apunta con él. Quizá sea un arma. ¿Qué quiere?, le pregunta. Él sonríe con media cara nada más. Entonces lo reconoce. Es el pintor. Tiene esos dientes muy blancos que asoman bajo la sombra de su barba, una barba cerrada, clara, de aspecto extranjero. No lleva mono. Dice algo que suena como si masticara las palabras. *Senisienta*. Como si las chupara, en vez de hablar. Como aquel chico del instituto con el que fue a ver un concierto de *rock*. A Kristho no le puede decir la verdad. No le puede contar que a veces sueña con hombres así, hombres que la muerden, la golpean. Llevan el pecho descubierto, no saben hablar. Fuman cigarrillos que arrojan lejos impulsando la colilla con dos dedos, la miran a los ojos, muy adentro, y Lailja cae y cae por el hueco hasta un vacío negro sin fin.

El hombre sacude el paquete hacia ella y luego dice algo más. Lailja pregunta, ¿qué quiere? Sus ojos son azules, casi blancos. Tiene, le oye decir. Más bien, gritar. ¡Tiene! Los extranjeros son todos toscos, piensa, pero le da igual. Coge el paquete que él le da. Es un paquete ligero. ¿Qué es?, le pregunta. El papel huele a corteza, a hierro. A sal. Podría ser cualquier cosa, aunque es probable que un arma no. Él cruza los brazos sobre el pecho, unos brazos anchos, peludos, sonríe cuando ella termina de retirar el papel: *Senisienta*, dice. En el colegio, un profesor nuevo la acompaña. Le dice, eres una niña muy aplicada, y le da un caramelo para que se lo coma después. Ella quiere saber de qué es. Lo abre un poco y mira dentro. El profesor dice, no se lo digas a las demás. Un zapato. El zapato de

Lailja. Manchado de pintura en el tacón. Mircea se rasca la mandíbula y dice algo sobre trabajar, yo, trabajar, albañil. Se golpea el pecho. Y, trabajo es bendición. Luego saca del bolsillo una tarjeta y se la da.

Por la escalera, tirando del cuello de su abrigo, Lailja la examina. Lee, pintura, albañilería. Trabajos de construcción. Rasca con la uña una mancha de pintura que hay sobre la i. Sopla una ráfaga de aire. Al otro lado de las copas de los árboles, en las ventanas del colegio, los dedos arañan los cristales queriendo salir.

***OceanofPDF.com***

MAMÁ TIENE ALGO llamado sarcoma. Es un nombre extraño, suena a madera, a barco, a lento roer. El médico ni siquiera la interroga; emite su diagnóstico cuando mamá entra en la cabina a vestirse. La consulta está decorada como una sala de estar, parece la sala de estar de una casa, no da miedo. Cuando Lailja se sienta en el sillón giratorio, mamá dice, no hace daño, así que no vayas a llorar. Ella no sabe qué significa un premolar, solo sabe que han de quitárselo porque no ha nacido en su sitio. ¿Cuántas más cosas de su cuerpo no habrán nacido en su sitio? Está la peca, por ejemplo, esa que tiene ahí. Y ahora la menstruación. El doctor le dice, abre las piernas y apoya los pies aquí, y Lailja obedece. Le da vergüenza, ve su reflejo en el latón del instrumental, mamá está ahí. Relájate. Algo se mueve en su interior. Una aguja, un bisturí. Hace daño, pero ella se muerde los labios y no se queja. No puede llorar, ya es mayor. Hace un año que no tiene la regla así que no ha de preocuparse por si mancha las bragas, la ropa, el colchón. Cuando mamá se entera, le dice, vas a acabar con mi salud. La suya, no la de Lailja.

El médico habla de los resultados de las pruebas. Enumera los síntomas de mamá, dolor, hinchazón, enrojecimiento de la piel. Anota algo en un papel. Mientras se lo entrega, le dice a Lailja que no hay por qué alarmarse, su madre es una persona muy mayor. En estos casos, dice, el tiempo suele ser más rápido que la enfermedad. Lailja parpadea un par de veces. Se humedece los labios. En la consulta del médico hace calor. En una estantería, por detrás de él, hay una planta con un tallo muy largo del que cuelgan otros tallos. Lailja la observa. Los tallos acaban en hojas híspidas y gruesas, amarillas, replegadas unas sobre otras, como si en realidad nunca hubieran deseado separarse, crecer. Le dice al doctor, ¿hace falta que lo sepa? Él se pasa la mano por el pelo. Mira hacia un lado y se echa el flequillo para atrás, un flequillo largo, negro. Tiene pestañas tupidas, como las de papá. La ausculta. Le toma el pulso. Le pregunta por lo que suele

comer. Lailja no puede mentirle porque mamá está delante, sentada en una silla enfrente del doctor. Dice, verduras y pescado. Cuánto. Mamá abre la puerta de la cabina y dice, menudo calor. Trae la cara congestionada, el pelo alborotado. Se ha sofocado. Su bastón descansa en el paragüero del doctor, junto a dos paraguas huérfanos. Él le pregunta si ha estado embarazada alguna vez. Lailja se sonroja, se siente avergonzada. No, dice, y mira a mamá, que se palpa el collar con la mano y mira a un sitio cerca del doctor. Dice, come muy poco. Tal vez lo escupe. No lo escupo, dice ella. ¿Tú te quieres morir?, le pregunta el doctor. Lailja baja la vista. No quiere mirarlo. Tiene la voz aterciopelada, como una almendra, como papá. Nunca se ha parado a analizarlo; morirá de vieja, supone, igual que mamá. Cuando era joven, mamá tampoco pensaba que iba a morir. Se peinaba su pelo joven antes de salir a la calle. Cruzaba la plaza, entraba en la tienda donde trabajaba y cuando salía acababa de conocer a papá. Papá era guapo, la llevaba a bailar. Daban vueltas por la pista de baile. El tiempo se detiene en una eterna pirueta que tensa los músculos y hace perder la cabeza. No hay principio ni fin. El baile es todo eternidad. Cuando por fin llegan ellas, se apaga la bola de cristal. Mamá es joven, pero ya está un poco muerta, papá tiene que bailar solo por los bordes de las calles. A veces, por las noches, le oye regresar. Lailja no ha acabado de hacer los deberes, no sabe resolver una ecuación. Papá fija los ojos en ella. Su cara se queda muy quieta, plana, como una máscara que le viniera grande. Le dice, qué haces levantada aún. Su abrigo huele a frío, a intemperie, no me sale esta ecuación. Es de segundo grado, lo más difícil de sexto. Papá recuerda que tiene cara y hace una mueca. Se vuelve para quitarse el abrigo, no tiene ganas de hablar. Su traje no luce tan planchado como cuando se marchó. No lleva la corbata. Trae una sombra de barba que probablemente esté dura y raspe si lo intenta besar. Se sienta en el borde del tresillo y se quita los zapatos empujando los talones con la punta del pie. Primero uno y luego el otro. Vete a la cama, le dice. Lailja sabe que al día siguiente se levantará de otro humor. Cuando mamá se haya ido, bromeará. Tratará de hacerles cosquillas. Tendrán que pedirle que pare. Mim llorará. Seguramente, cuando abra su cuaderno, halle resuelta la operación. Papá enciende un cigarrillo y lo mira arder. Dios, ¿no me has oído? Vete a dormir. Ella siente deseos de llorar. No despejará la

ecuación. Los números, codiciosos, herméticos, abominables, seguirán guardando para siempre el secreto de la vida y la muerte. Tres. Catorce. Dieciséis.

Fuera de la consulta hace frío. Hay nieve en las escaleras del centro comercial. La cruz verde de la farmacia parpadea, una gasolinera en el desierto. Mamá dice, quiero merendar. ¿Merendar?, repite Lailja. Claro que sí. En el escaparate de una juguetería, contempla su frágil figura en el cristal. Parece más vieja. Parece un ratón. Está mucho más delgada que cuando llegó. Mamá la mira con severidad, tomarás chocolate, le dice. Tomará chocolate o lo que sea, piensa Lailja, luego lo vomitará. Mamá se ha olvidado el bastón y hay que volver. Lailja le dice, no te preocupes por lo que ha dicho el doctor. No me preocupo, dice mamá. Será algo que he comido. Lailja la coge del brazo, pero mamá dice, puedo yo. Siempre quiere hacerlo todo ella. Arrastra el carro de la compra por las calles de la urbanización. Lo sube por la escalera de casa, se para en el rellano, sin respiración. Lailja y sus hermanas miran dentro para ver lo que ha traído, pero no hay nada interesante. Frascos con una manzana dibujada en la etiqueta, puerros llenos de tierra, sandías tan grandes que no caben en el refrigerador. Mamá solo compra cosas de comer. Cuando intentan guardarlas se las arrebatan de las manos. En una bolsa, codiciado, Mim descubre un tarro de chocolate para untar. Es mío, no quiere dejárselo ver a las demás. Mamá le dice, deja eso, y se lo quita de un manotazo. Mim llora. Si papá estuviera en casa la consolaría, Mim es su favorita. Pero no está. Y mamá no tiene favoritas, así que Mim se irá llorando a su habitación.

Mamá respira fuerte por la nariz, tan fuerte que parece imposible que pueda morir. Lailja le dice, si te duele, esto es lo que tienes que tomar. Mamá la mira de refilón, no me duele, dice. Cree que es inmortal.

EN LA CAMA, Lailja repasa las frases que ha cruzado con Mircea. Sus gestos. La forma en que elevó una ceja. La forma en que su mandíbula cuadrada se tensó. Sus labios entreabiertos. Su respiración. Aparta las sábanas y enciende la luz. Se mira en el espejo. Las sombras que inundan el cuarto por detrás de ella emborronan los contornos de su cuerpo. Los vuelven vagos, imprecisos. Su rostro es como una mancha, una malformación. Se levanta el camisón. Mira los pliegues blanquecinos que se forman en su vientre, salpicados de un vello azulado, más claros que el resto de la piel. Mueve la tira de sus bragas. En la calle suena la estela de un tren haciendo jirones la noche, borrándose al dejar atrás la ciudad. Levanta los brazos. Agarra de los tirantes por encima de la cabeza, y se saca el camisón. El borrón de su rostro tiene el cabello alborotado. Los pechos, al descubierto, son más pálidos aún que el vientre, nunca les ha dado el sol. Redondos; ni grandes ni pequeños. Mueve su mano izquierda y la lleva hasta uno de los dos. Está blando. Pronto, la piel comienza a erizarse. Se tensa alrededor del pezón. Se toca el otro. Siente una oleada de vértigo en el estómago. Pellizca un poco más. Mircea la observa. Hace guiños con los ojos. En la gasolinera, juega a las cartas con el dueño. Está ganando. Los naipes huelen a grasa, a azar, la partida está a punto de acabar. Llega un sonido lejano, la sirena de un barco, se oye cómo la gente grita y echa a correr. Pero Mircea no hace caso. Está atento al juego. Dos ojos le observan, un borrón, nada más. Una mano le rodea el cuello, lleva las uñas pintadas, abre la camiseta, frota violentamente el pezón. Mircea dice, hay muchas iglesias en mi país, toca la cruz de su pecho. Lailja aparta con la mano mechones de vello azul, los dedos se impregnan de humedad, de olor a sexo. Una uña se clava en el pulgar. Abre la boca. Besa a Mircea en el hombro, en las costillas, en el pliegue tosco de su cuello. Ha terminado su trabajo, están comiendo aceitunas en el salón, Mircea dice, la gente se casa más joven en mi país,

haciendo ruido al masticar. Roza un pecho de Lailja cuando estira su brazo para coger una aceituna del platillo, perdón, mientras el hueso baila dentro de su boca. Lailja no sabe qué hacer. Se tiende en la cama. Boca arriba, con las rodillas dobladas, separa y levanta ligeramente los muslos. Palpa la carne de la parte trasera, que se pliega, que se empieza a ondular. Roza con el dedo algunos pelillos de vello azul. Después, lo introduce despacio en el coño. Una. Otra vez. Piensa en el franco aliento de Mircea, en el frasco abierto de aftershave que se ha dejado en el cuarto de baño de mamá. En su olor. El dedo entra y vuelve a salir. Con placer, con dolor. Una rata blanca enguantada dentro de la madriguera. Los músculos que se contraen. La piel es una ecuación de segundo grado. No puede dormir.

***OceanofPDF.com***

MIM HA VENIDO a ver a mamá. Se ha enterado de lo de la enfermedad. Habla mientras llora y camina por la cocina arrastrando la pierna. Lailja no quiere mirarla, si la mira sonreirá. Voy a llamar a Bernard. No le llames, dice Mim, se me pasará. Es como aquella vez que llamaron para decir que había muerto el abuelo. Lailja cogió el teléfono, que sonó en la noche como una interrogación. Una prima contestó. ¿Sí? Qué pasa, vino corriendo Mim. Mamá no estaba. ¿Dónde estaba mamá? Que se ha muerto el abuelo, le dijo Lailja. A Mim ya le resbalaba una lágrima por el mentón. Qué facilidad para llorar, la de Mim. ¿Por qué sonríes?, le pregunta. Lailja no está sonriendo. No por dentro, al menos. Por dentro lo ve todo negro. Pero la frase, ha muerto el abuelo, es como una calumnia que se balancea en la boca adelante y atrás, cosquilleando, haciendo que se plieguen las comisuras de los labios en una mueca infernal. Qué disparate, dice Mim. No puedo creerlo, se la ve tan bien. ¿Qué vamos a hacer? Hunde la cara entre las manos. Lailja abre la ventana, que está fría como un témpano, el invierno le echa el aliento en la cara. Suenan una urraca, un avión, una ballena que se arrastra en el cielo de diciembre. El aire helado se meterá hasta dentro de la habitación, como el vacío en una nave espacial. Se quedará allí, tardará en irse, pero no quiere oír llorar a Mim. No tiene por qué pasarle nada, le dice. Mim clava los ojos en ella. ¿Eres tonta? Unos ojos fieros, tapizados de rencor. ¿Un sarcoma? ¿Sabes lo que es? Unas urracas se han posado en el árbol del vecino y dicen, *quiá-quiá*. Con un fondo de eco, vuelan y aterrizan en el jardín de Lailja, al otro lado del cristal. Suena como si todo acabase. Es el fin, dice Mim. Como en la Biblia. Algo que hace sonreír. Como cuando empezaban el colegio y ya no había posibilidad de escaparse, de echarse atrás, de seguir lo mismo de siempre y no crecer. Ojalá pudiera venirse conmigo, dice Mim, sollozando, como en una película trágica. Yo no la arrinconaría en la buhardilla como tú. Menuda forma de

quitártela de encima. Las urracas se acercan tanto a la ventana que Lailja tiene miedo de que puedan entrar. Tienen el pecho blanco, los picos negros. Andan a saltos, atraviesan el tiempo a intervalos como un tren de pasajeros en un paso a nivel, ahora lo atraviesan, ahora no. No ha sido idea mía, le dice a su hermana, solo cumplo un deseo de mamá. Cierra la ventana, le ordena Mim. Pero el frío se ha quedado dentro, ya no se irá. Debería estar conmigo, yo soy la que más la necesita de las tres. Mim, que entra en el cuarto de Lailja cuando nadie la ve, donde Lailja esconde golosinas, cosas de comer. En los cajones, entre las sábanas, en los estantes del armario. Las huele, por la noche las chupa y las muerde. Mamá entra a veces por sorpresa y se pasea olisqueando por la habitación, como un perro policía. Lailja ha estado fumando. Nadie sabe que las esconde allí, solo Mim. Dice, te he dicho más de mil veces que no fumes en la habitación. No he fumado. Abre la ventana, a pesar de que es invierno, a pesar de que el aire transporta copos sucios de nieve que se posarán en la alfombra blanca y sobre el parqué. Abre una gaveta, luego el armario. Lailja oye el ruido que hacen sus sortijas al golpear contra el panel. Encuentra paquetes de caramelos, chocolate, una pastilla de regaliz. Esto es lo que tú entiendes por comer. Mim está parada en la puerta mirando. Lleva trenzas, aparato en los dientes. Tiene dos ojeras moradas marcadas en la piel. Como sigas así te vas a morir, dice mamá. Ella no se va a morir. Es una chica, la muerte es solo una palabra. Mamá es una mujer, le faltan trozos, es como si estuviera muerta ya.

Mim da un paso vacilante dentro de la habitación. Lailja le dice, mamá quiere independencia, me pidió que llamase al albañil. En la buhardilla, en ese instante, suena un martillazo como un cañón. Mircea está terminando su trabajo. Hoy ha hecho un cuarto de baño, el cuarto de baño de mamá. Lailja busca en la nevera una botella de Coca-Cola y le sirve un vaso a Mim. Mamá no es como tú te crees, le dice. Mamá no da besos, piensa, no pone lazos en el pelo, no quiere saber quién les da empujoncitos en el culo, quién es el chico que las invita a salir. Mim aparta una silla y se deja caer. Tiene los ojos hinchados. Los párpados como un chicle masticado. Bebe a sorbos pequeños, le da miedo atragantarse. Le da miedo de todo. Persigue a mamá por la casa, la intercepta en el pasillo, entra y sale con ella de cada

habitación. La casa donde viven es pequeña, solo hay un cuarto de baño, no hay cerrojo, no se puede monopolizar. Cualquiera puede entrar cuando otro lo está usando. Mim dice, sujetando un pañuelo arrugado de mocos, qué dices, pues claro que sé cómo es mamá. Los sábados por la mañana todas se levantan a la vez, de modo que mientras una hace pis en el váter, otra lo hace en el bidé. A veces, mientras una hace caca, otra se limpia los dientes, o se sienta en el borde de la bañera con la cabeza mojada a usar el secador. Mim dice que mamá es muy guapa. Coge su collar de perlas, se lo prueba frente al espejo, gira sobre sí misma y da vueltas por la habitación. Lailja se sienta en la cama, mete la mano bajo la almohada, toca el pijama de papá. Mamá llega en ese instante de hacer la compra y las regaña. Dice, salid inmediatamente de aquí. No le gusta que entren en su habitación. Pero luego, ella entra en el cuarto de baño cuando Lailja se está duchando y mete el brazo por la cortina de plástico para coger una pastilla de jabón. ¡Mamá!, protesta Lailja. En casa no hay intimidad. Nadie tiene secretos para nadie. Los granos de Lotta. Los pelitos de Mim. El pecho descolgado de mamá. Papá usa camiseta de tirantes y eslip. Se lava la cara con mucho escándalo, haciendo ruido y salpicando de gotas de agua el espejo, la tapa del váter, el bidé. Cuando ella aún no ha salido de la ducha papá dice, me toca a mí. Lailja saca la mano a toda prisa y alcanza la toalla del colgador, y papá dice, pero abre la cortina, que no se ve. Lailja se envuelve en la toalla, descorre la cortina, que huele a champiñón, para dejar pasar la luz del ventanal. Papá sonríe y le dice a mamá, le da vergüenza que la vea, tú te crees, y Lailja baja la cabeza y busca sus chinelas entre la escobilla y la banqueta, que está mojada de haberse lavado papá. Y mamá sale del baño y la deja allí, a solas con él. A veces, papá se quita la camiseta para meterse en la ducha antes de que ella haya tenido tiempo de salir. Una vez se quitó el eslip.

Mim ha dejado de llorar. Las lágrimas ya no bañan sus mejillas. Bebe a sorbos un poco de Coca-Cola, mira la hora en su reloj. Me tengo que ir, dice. Se frota la pierna como si quisiera desentumecerla, activar la circulación. Pero no se puede. No la siente, los nervios están seccionados. ¿Te acuerdas de cuando papá trajo ese disco que explicaba de dónde vienen los niños?, le pregunta Lailja. A qué viene eso, dice Mim. No. Era una cosa educativa. Hablaba de semillas, se plantaban en tierra y germinaban. Mim

se levanta, se pone el abrigo. Era una cosa educativa. Se apresura por el pasillo renqueando como un juguete estropeado. El ruido de un coche intentando arrancar llega del exterior.

***OceanofPDF.com***

LOTTA Y MIM juegan en el despacho de papá. Hacen caravanas de muñecas en la alfombra, enlazando los tiesos brazos de plástico de unas en los pelos ensortijados de las otras, alrededor de la mesa baja de cristal, bajo los travesaños de las sillas y entre los yertos, mecánicos artefactos de papá. A veces, dan volteretas en el sofá usando los brazos como trampolín. ¡Ahora yo!, grita Lotta. ¡Ahora yo!, grita Mim. Lailja las oye, pero no las mira porque está viendo a la Bestia en la televisión. Vincent, la criatura mitad hombre, mitad no. Su ambigüedad la obsesiona. Puebla sus sueños. Sus hermanas no saben que debajo de su atuendo, de sus camisas antiguas, de su aspecto fiero, la bestia tiene la piel cálida de un pájaro pequeño, suave y mortal, insaciable como la ley humana del deseo. En la pantalla, un primer plano lo agranda hasta hacerlo de tamaño natural. Una uva en un racimo. Una uña que se clava por debajo del mantel. Lailja oye a sus hermanas y siente envidia de ellas: de sus gargantas salen risas, no este anhelo monstruoso y atroz. Una sacudida le recorre el cuerpo. Tiene que contorsionarse. Mamá atraviesa la pantalla mirándola de reojo. Qué te pasa. Muslos. Aleteos. Roces. La luz le ciega los ojos. Dibuja obscenos corazones en el sofá. Dice, se puede saber qué haces, siéntate bien. Es como si estuviese enferma. Por las noches sueña. Los rincones en sombra de su cuarto se alargan para morderla. La tocan. Posan sus delgadas manos sobre su esternón y Lailja las mira un momento antes de entregarse a ellas. Sin respiración. Un dedo que se introduce furtivo, dentro, fuera, una rata enguantada saliendo de su madriguera. Luego, olor a sudor por todo el cuarto. Cuando llegue papá lo notará. Los dedos que exploran, Dios los castigará. Qué haces aquí, su cigarrillo brillando en la oscuridad.

En la tele suena un anuncio de vacunas. Un perro mirando un pastel. La luz de la pantalla reflejada en el cristal. Y de pronto... ¡Ahora yo!... una bandada de garzas alzando el vuelo. Mocos y sangre en el vestido de Mim.

Miles. Todas a la vez. El llanto de Lotta. Las carreras de mamá. ¡Apaga la televisión! El dedo de Lailja sobre el mando a distancia. Tiene que ir a buscar a papá. Vincent le besa en el cuello. ¿Yo? Mamá se aferra a su collar, se agarra a él, no quiere perder el equilibrio. ¡Vamos! ¡Vete ya! ¿De verdad tiene que ir? ¿Aunque todo su cuerpo se quede allí, aplastado contra el sillón? ¿Aunque Vincent, el monstruo, la retenga? ¡Haz lo que te digo de una vez!

***OceanofPDF.com***

PARA IR a la oficina de papá tiene que tomar el autobús. Explota un petardo. Son las fiestas; de farola a farola hay banderines y guirnaldas, el viento los hace crujir. Una verbena y una caseta de churros. Acaba de empezar el instituto. Forra su carpeta con figuras recortadas de las estrellas del pop. Tiene algún kilo de más. Sus zapatos cloquean contra los adoquines, más pulidos que las baldosas de la parte de la ciudad donde ellos viven. Suenan como en una iglesia, como en una película de terror. Papá va a trabajar en ese mismo autobús. Se sienta junto a la ventanilla, como ella, de espaldas a la marcha, y ve pasar los pasos de cebra, los peatones, los semáforos y las aceras hacia atrás. No se marea, como les sucede a las chicas que van con ella al instituto. Se pintan los labios y fuman. Se ríen cuando suena la campana para entrar. Sus risas inundan los pasillos, que son feos y grises, y huelen a trementina y a alcohol.

Se baja en una plaza concurrida cuando se lo indica el conductor. Busca el papel, mira la dirección de papá, aún tiene que callejear. Viene un chico con un talonario de entradas para un concierto de *rock*. ¿Vas a venir? No lo sé, le dice Lailja. Es guapo, se parece a un actor. Una vieja se aproxima y le pide dinero para comer. Lleva sombrero, delantal. Lailja le da una moneda, le pregunta, ¿dónde es? Es en las afueras de la ciudad. Tendrá que mentirle a mamá, nunca ha ido a un concierto con un chico. Dónde vive tu amiga, le pregunta. En las afueras, miente Lailja, me tengo que quedar a dormir. Mamá le dice, bueno, es mejor. Prefiero que no andes sola hasta tan tarde por ahí. Déjame su teléfono en el listín, y Lailja elige seis números al azar.

La oficina de papá está lejos, es de noche cuando llega. Dentro del portal huele a tabaco y a sudor, como en un vestuario masculino. En las paredes hay inscripciones obscenas. Dibujos. La música, demonios amordazados, suena abajo, densa, infernal. La madera de los escalones cruje en la planta de sus pies. El chico la coge por la cintura. Lailja se

marea. ¿Qué haces? Le tiembla la voz. La luz se apaga y tiene que buscar a tientas el interruptor: cuarto piso, letra B. Algo la acecha, evita arrimarse a la pared. La puerta se abre tras un corto timbrado. No ve a papá. Sobre una puerta está inscrito su nombre, una chapa blanca y azul. Lailja le llama, papá. Se oye un susurro. El chico no la deja marchar. La música ya es solo un rumor, algo turbio, deformado. Su boca sabe a medicinas. Empuja la puerta, el despacho huele a cuero y a tabaco, a sudor. Papá está detrás de un sofá. Parece sofocado. Tiene la camisa arrugada, desabrochada. Su cara es como una careta monstruosa, dos agujeros negros, una mueca. ¿Qué haces aquí?, pregunta, el blanco de sus ojos brilla en la oscuridad. La luz de la calle se estrella contra la retícula de su piel. Una piel brillante, azulada. Lailja aprieta los párpados, no quiere mirar. Por su estómago se arrastra un gusano. Papá se levanta, una aparición, carne morada alrededor de sus dedos. Mim se ha cortado, musita ella. Papá se contorsiona, hace una mueca, se vuelve para ocultar la cara, grita, llora. Su cuerpo es grande. Azul. Infernal.

MIRCEA ESTÁ SENTADO a su lado. Tiene la cara entre las manos, los codos sobre las rodillas, las piernas separadas. Dice algo sobre la supervivencia mientras Lailja le ofrece una aceituna y observa su nuca ancha, obscena, que se arruga en pliegues sonrosados cada vez que él mueve la cabeza para hablar. ¿Cuándo cree que va a terminar?, le pregunta. No lo sé. Quizá debería venir los sábados, los domingos, hasta podría comer allí. Ella le serviría la comida en el salón. Se pondría un delantal, algo simpático, comerían juntos, se sentaría en sus rodillas, sonreiría. Mircea se pellizca la nariz. Ganaba cinco veces menos en su país, dice, en su trabajo de entibador. Lailja contesta, sí. No sabe qué es un entibador. El hueso de aceituna va de un lado a otro de su boca. Le mira los brazos. Tiene los brazos anchos. Tatuados. Se le arruga el entrecejo, le suda el labio superior. Hay una grieta en la buhardilla; el agua acabará filtrándose si se pone a llover. Se inundará. ¿Otra cerveza?, le pregunta, ¿aceitunas? Debería telefonarlo a la pensión, pedirle que viniera. Mircea monta una pierna sobre otra. Dice que accionaba una máquina pesada que estaba varias decenas de metros bajo tierra. Hace rato que ha oscurecido. Si mamá llegase ahora los encontraría allí, sentados el uno junto al otro, en el sofá. Se ven dos mirlos picoteando el suelo del jardín, al otro lado del cristal. Es probable que hiciera como que no los ha visto, que mirase hacia otro lado. Lailja diría, el cielo está cubierto de una capota cárdena, se va a poner a llover y la buhardilla se inundará. He tenido que avisar al albañil. Mircea dice, cinco veces menos no es un salario digno, así es mi país. Su país. Un país con descampados, terremotos, ríos de cuencas vacías por cuyo lecho avanza pesadamente un camión. ¿Por qué tiene que volverse? No se puede vivir con un salario así, dice, y vuelve a reclinarsse en el sofá. Lailja siente calor en el lado de su cuerpo que está pegado al de él. Tal vez también lo sienta él. ¿Oiga? —Ha buscado su teléfono en el listín—, ya sé que es

domingo, pero es una emergencia, hay una grieta en la buhardilla, tiene que venir. El agua cae a raudales sobre el tejado, suena como una cascada por donde se derramase un lago, un río desbocado. Mircea separa las piernas, muerde otra aceituna, se marcha. Lailja le observa, de pie, ante ella, como un monte, como un Dios. La pendiente de su pecho, la brecha de su boca, el bulto de su pantalón. Llega sonido de pájaros, de cristales, el pulso echando a volar.

***OceanofPDF.com***

MAMÁ SE DESPIERTA gritando en la oscuridad. Ha tenido un sueño. Se frota los ojos y mira a un lado y a otro, como si no reconociese dónde está. Lailja se sienta a su lado, aparta un poco la lámpara para que la luz no le dé de lleno en los ojos. ¿Qué...?, se sobresalta. Tiene la voz pastosa, como si hubiera mordido una toalla. Se toca el pelo y trata de recolocar una mecha que le cae sobre la frente al bies. He soñado con papá, dice. Lailja la mira a los ojos, trata de detectar algo, dolor, miedo, rencor. De descifrarlo. Se abrocha con torpeza el último botón del camisón, dice, hace frío, Lailja va a cerrar la ventana. La noche, afuera, es hostil, parece hecha de cristal. Es dura como un diamante, no hace ruido. Mamá tose, expulsa una flema, cierra los ojos, parece muerta. Se ha dormido.

Lailja regresa a su habitación. La luz de la lamparita dibuja una cremallera blanca sobre el techo, una sierra que devora a dentelladas la oscuridad. Da vueltas en la cama, no es capaz de conciliar el sueño. Le duele la cabeza, los riñones. No se acostumbra a llevar ese apósito ahí, una compresa, a deshacerse poco a poco por dentro, como un pájaro muerto, como un desagüe. ¿Y si, mientras duerme, se vacía por completo sin que nadie lo advierta, como la rueda pinchada de una bicicleta? De repente, a través de los párpados, ve surgir una flecha de la oscuridad. Una estela de neón. En el pasillo se oye el sonido amortiguado de la radio de mamá, la voz de un locutor. Un hombre se acerca, fuma, camina por la casa a tientas, descalzo. ¿Papá? Labios bisbiseando. Toses. Una cisterna. Y como un latigazo, el grito de mamá. ¡No! Pasos precipitados en el dormitorio, papá. Inciertos, acorralados. ¿Cómo se te ha ocurrido pensar...? Un insulto. ¡Me cago en...! Se te ha ocurrido... Un puñetazo en la oscuridad. ¡No! No es lo que... crees... la niña... ¡No! No se trata de Lailja, no se refiere a ella. Papá no está enfadado con ella, no importa que Lailja haya manchado de sangre la alfombra de su habitación. ¡Vete! Papá es así. ¡No quiero saber...! No se

para a pensar. Abre una puerta y la cierra sin importarle que alguien se pueda despertar. No te acerques... Da cachetes en el culo. Las niñas... Hace cosquillas. Papá, no llores más. No, no llores, papá. No te das cuenta de esas cosas, no lo haces con mala intención. Nunca más volverán a ir a la selva. Nunca. Nunca más.

***OceanofPDF.com***

AGUA REMANSADA DE lluvia que corre a través del canalón. Cristales llorosos. Paredes rezumando humedad. Mircea tendido en un camastro, la tarde en la ventana. De repente una música y el teléfono que no cesa de sonar, como una sirena en la distancia, distorsionada, amortiguada por la oleaginosa humedad de la pensión. Una voz apremiante. Un mandato. Un gato que se desplaza blandamente a lo largo de una alfombra, sus uñas arañando el rizo apolillado, sucio de colillas, lanzando un maullido acuciante desde la oscuridad. Vestirse despacio. Recorrer el pelo con los dedos mojados de gel, sonriendo, enseñando los dientes, triunfante, media cara nada más. Una fuga de agua en el radiador, algo que no ha salido bien. Tiene que venir. La cara cubierta de una fina película de sudor. De acuerdo, ningún problema. Vendrá.

Llena la bañera hasta el borde y se deja escurrir blandamente hasta que la espuma le llega a la nariz. Está agotada. Los senos, como los restos de un naufragio, flotando en el mar. Los sucesos de la buhardilla la han dejado extenuada. Cascotes, pintura desportillada, la escalera descarnada y los ladrillos mordidos, con los cables pelados asomando igual que vasos sanguíneos del interior. La piel arrugada. En el espejo, su imagen aparece abotagada, ligeramente azul. Mircea observándola desde un tragaluz. El grifo evacua gotas de agua agonizantes que no cesan de caer. *Tic-tac. Tic-tac.* Acercando la mano a su piel. Se sienta en el retrete a escuchar. La clepsidra del tiempo. El rizo de la toalla le hace daño en la piel. Está roja, irritada. Permanece un rato así, inmóvil, oyendo la cadencia del reloj, hasta que la luz se evapora, hasta que se disipan los jirones de niebla y Mircea emerge de las sombras, como un monte, como un Dios, teñido de vaho.

Se viste a toda prisa. Hace frío en la casa, pero ella siente un incendio en la cabeza, fuego y hielo en el cráneo, a la vez. ¡Mamá!, llama. Pero mamá no está, ha ido con Mim a rezar. Mim llorará a su lado silenciosa,

ahogando un hipo, sorbiendo sus mocos con rencor. Mircea atraviesa la ciudad en un taxi, a gran velocidad, los suburbios llenos de garajes, las vías del tren, para no hacerla esperar. Hay una fuga de agua en la buhardilla, debajo del radiador. La ropa que se ha puesto le hace cosquillas en la piel. Las medias de nailon acariciando las nalgas, las ingles, la cintura. La blusa de gasa aleutando sobre el sujetador. Roces. Deleites. El reloj.

Subirá a la buhardilla a esperar. El sofá de papá, la blandura muelle de la piel, la invita a tumbarse. Abandono de las tardes veraniegas, olor a sudor, sensualidad pegajosa de la carne que se pega al escay. A Kristho no le puede decir la verdad. No puede decirle que sueña que vivirán allí, que irá con él a recoger las cosas de la pensión. Él le cederá el sitio en la puerta, la abrazará salvajemente. La morderá. La mujer que tiene los labios cortados, el pelo teñido, los mirará horrorizada, se quedará para siempre tumbada en el jergón. Ella enseñará a Mircea a pronunciar, a decir palabras con sentido. Irán de vacaciones a su país. Visitarán iglesias, descampados, comerán dulces, reirán.

Llega envuelto en su gabán de explorador. No mira la casa. Su pelo está engominado, se le pega al cráneo. Huele a tabaco y a *aftershave*. Se quita la chaqueta dejando al aire una hebilla que tintinea. Suben por la escalera a la buhardilla. Lailja lo precede rozando la barandilla con las yemas de los dedos, donde los dedos de él se posarán a continuación. Con la punta de las chinelas, pisa los escalones que a continuación va a pisar él. Ha puesto papeles de periódico en el suelo, pero Mircea los esquivo. Se dirige al radiador, la cabeza bien erguida sobre los hombros. Se acucilla, observa la mancha de humedad. Lailja estira el cuello y mira por encima de él, dice, es agua turbia, ¿lo ve? Mircea la mira de soslayo. Bordea con su mirada los hombros de Lailja, sus brazos, roza el contorno de su ropa. Se yergue despacio. Su cuerpo parece más compacto, más pequeño y más pesado que la última vez. No es agua, dice, es pis. ¿Pis? No puede ser, dice ella. Pero es verdad, hay algo desagradable en el ambiente, algo que destila mal olor. Pis de gato, dice él. Quisiera no haberlo llamado. Se ríe, se toca el cuello de la blusa con turbación. Dice, qué tontería, cómo habré podido equivocarme. Mircea la mira vivamente a través de sus ojos entornados. Avanza hacia ella sin mediar palabra. La acorrala. ¿Pero qué hace?, dice Lailja. Pone una

mano en su hombro y la va bajando despacio. Roza la articulación del codo. No se oye ningún ruido salvo el de su respiración. Abre la blusa. No, musita ella. Uno de los pechos queda al descubierto, fuera del sujetador. Mircea lo mira, lo roza con la punta de su dedo, oprime suavemente el pezón, que se estimula de inmediato. Lailja se siente avergonzada. Su respiración se acelera, se hace entrecortada. Le dice, váyase. Él le echa el aliento en la cara, huele agrio, a mentol, introduce la lengua en su boca, entre los dientes, hasta el paladar. Sus dedos apartan un elástico, las bragas, hurgan en mechones de vello azul. Váyase, váyase. Suena una música disonante que le hace daño en los oídos. Desabrocha el botón de la falda, la hebilla del cinturón. Un sexo grande y duro, temido, azulado, la abarca. Lo coge con las manos, se aferra a él. Algo se clava con brusquedad. Uñas marcadas en la piel. Sus ojos la miran opacos. Pero es imposible. No la ven.

***OceanofPDF.com***

V

***OceanofPDF.com***

LA MUJER CALVA acaba de darle al hombre una soberana paliza. Tiene la cabeza rapada, es guapa. El hombre está borracho, apenas se tiene en pie. Cuando ella le da un golpe con el bolso, cae al suelo como un fardo. Después le da patadas. Lo abofetea. Desde esa posición, postrado, humillado, el hombre le pide que se detenga; varias veces. Dice, estoy borracho. Pero eso no hace sino enfurecerla aún más. En un momento dado, cuando parece haberlo dejado completamente KO, la mujer registra su cartera y le coge dinero. No cojo más que lo que es mío, repite una y otra vez. Está excitada. Le suda un poco el labio superior. Entonces surgen en la pantalla los títulos de crédito y Lailja baja el volumen del televisor. Qué estás viendo, dice Kristho. Acaba de salir de la ducha, viene envuelto en un albornoz. De las puntas de sus orejas, de los pelos de sus piernas chorrean gotas. El hotel es bastante lujoso, tiene aire acondicionado, albornoces en el baño, minibar, televisión. Kristho se seca los oídos metiéndose dentro una esquina de la solapa. ¿Está calva?, pregunta. Lailja asiente. Desde su posición, tumbada boca abajo con la cabeza a los pies de la cama, mira el charco que Kristho está dejando a sus pies. Está cansada. Han viajado por carreteras secundarias. Han dejado atrás pueblos, llanuras, montañas. Ha tomado Lexatín. Estás mojando la moqueta, le dice a él. Kristho levanta una pierna, da un paso hacia atrás. Qué película más rara, dice, a quién se le ocurre comenzar una película así. Con una mujer calva. Lailja apoya los codos en el colchón, junta las manos bajo el mentón. Los títulos de crédito no han terminado de caer, el nombre del guionista, del productor, del director de fotografía, de los actores. Mientras, la mujer calva se maquilla frente a un espejo imaginario, mirando directamente a los ojos del espectador. Estará enferma, dice Kristho, será una de esas películas sobre enfermos de cáncer. Su ropa está pulcramente extendida en la butaca, la chaqueta, la camisa con las mangas cruzadas, la corbata, el pantalón, a la

espera de que Kristho se la ponga. La de Lailja está en la maleta aún sin abrir. El aire acondicionado sale por los conductos del techo con un suave ronroneo, algo adormecedor. Hay como un bienestar anónimo de hotel, sin memoria, un confort incondicional de camas y paredes, exento de culpa. Kristho corre las cortinas. Tras los visillos, la ventana es una pantalla de oscuridad. Su imagen flota en ella suspendida, envuelta en la claridad espectral del televisor, como una aparición. No está enferma, dice Lailja. ¿Quién?, pregunta Kristho. La mujer. ¿Te refieres a la de la televisión? ¿Y por qué iba a estar calva si no? Es una puta, dice Lailja. Kristho se voltea, la mira con incredulidad. ¿Una puta?, repite. Lailja contesta, sí. Ella debe velar hoy un cadáver, pasará la noche guardando el cadáver de una mujer muerta, pero tiene que haber mujeres así. En las pistas de las salas de baile, en las solitarias colinas bordeadas por carreteras comarcales, fijas como postes de señalización, las mujeres calvas esperan, lo peor ya pasó. No puede ser, dice él.

Cualquier hombre querría poder deslizar los dedos entre los cabellos de una mujer. Por eso la mujer quiere librarse de ellos, dice Lailja. Kristho se pellizca la nariz. Sigue observando la pantalla un rato más, incómodo, dubitativo. Al final, se frota con la toalla la parte posterior del cuello, y dice, ¿no te vas a vestir?

PASA EL PUÑO por el cristal empañado del espejo, y se observa en él. En su cara no hay signos de aflicción, solo la huella del cansancio. Siete noches sin dormir. Durmiendo a intervalos. Acechando el silencio de la habitación de al lado. Se estira de una ojera, se aplasta el pelo contra el cráneo, tira de él hacia atrás. Al otro lado de la puerta del pequeño cuarto de baño de la sala funeraria se oye el murmullo débil de la voz de Mim. Suena como si se ahogase. A esta hora no hay mucha gente velando, apenas ocho o nueve personas; la familia, nada más.

Unos nudillos en la puerta le hacen volver en sí. Cierra el grifo. Se seca las manos en la escuálida toalla. Abre. Una anciana a la que no reconoce dice, tengo que pasar. Se aprieta el vientre con las manos. Con una mueca dolorosa. Lailja se hace a un lado, la deja pasar.

En la sala todo sigue igual. Mim está hablando con Kristho. Le pregunta por los niños. Kristho señala hacia atrás, hacia donde Lailja está, mueve la cabeza, sonríe, como si llevara toda la vida haciéndolo, como un sacerdote, como si no tuviera ningún precio sonreír. Mim dice, claro, son tan delicados a esta edad. Lotta le muestra algo a Bernard. Todos llevan el pelo húmedo, las manos entrelazadas, las arrugas del entrecejo y los labios marcadas de manera indeleble, para siempre, en la piel.

En la pared del fondo, alguien ha descorrido la cortina de la ventana que separa la sala velatoria del ataúd. Lailja camina hacia allí. Es una estancia de dimensiones pequeñas, más que la sala donde están. El féretro está situado en el centro, sobre un podio recubierto con un faldón de raso color salmón. La verdad es que parece un cuarto de estar. El suelo está enmoquetado. Las lámparas pequeñas emiten una luz indirecta, anaranjada, cenital. Es como el cuarto de estar de una casa cualquiera. Antes de que nadie haya entrado. Justo antes de que se haya extinguido la quietud. Lailja se acerca hasta pegar la nariz al cristal. Puede oír el silencio al otro lado. Es

sólido, aterciopelado, tentador. Crea un campo de gravitación, la empuja a entrar. De pronto no se puede resistir. Toca la ventana, golpea el cristal. Sus hermanas la miran. Han dejado de hablar. Kristho tensa levemente los músculos del maxilar.

***OceanofPDF.com***

EL CEMENTERIO ESTÁ en las afueras del pueblo. Es el pueblo de sus antepasados, el pueblo de Osmund, de mamá. Debería reconocerlo, pero nada en el paisaje le resulta familiar. Todo parece moderno, la carretera, las antenas de los teléfonos, los postes de la luz.

Una camioneta que aparece por detrás le da las largas. Parece que quiere adelantarla. Lailja pisa el acelerador. La camioneta se va quedando atrás, hasta que desaparece en una curva.

En un cambio de rasante toca el claxon para asegurarse de que ningún coche que venga de frente invada su carril. Pero es el vehículo de atrás quien responde. La camioneta de antes. Está lejos, pero Lailja la ve agrandarse por momentos en el espejo retrovisor. Pisa un poco el pedal del freno, conecta el intermitente derecho. La camioneta acelera. Por unos segundos, mientras está a su lado, el hombre de dentro la observa. Lailja fija los ojos al frente, en la carretera, a la espera de que algún coche aparezca, presintiendo la colisión. El hombre toca el claxon otra vez. Está cometiendo una imprudencia. Se expone a un choque frontal, y la expone a ella también. Al final, reduce la marcha para regresar a su carril y vuelve a quedarse atrás.

Antes de llegar al cementerio se detiene en una gasolinera. Kristho se despabila, no llega a despertar. Un coche ha intentado adelantarme, le dice Lailja. Me ha puesto un poco nerviosa. Él abre un poco los ojos. Pregunta, quieres que conduzca yo. Lailja le dice que no.

Sale. Compra agua, clínex, paquetes de chicles. Entra en el lavabo. Se lava la cara frente al espejo y se seca las manos en el secador. Entra en la cabina a orinar. Cuando está dentro, sentada en el retrete, entra alguien más. Unos pasos se acercan. Los oye al otro lado del panel. El pulso se le acelera. Oiga, dice una voz. Se aferra al pomo de la puerta. Oiga, la

zarandea. Lailja se pone de pie. Tira apresuradamente de las bragas, las medias, el pantalón. Entonces, los pasos se alejan. Le late el corazón.

***OceanofPDF.com***

EL ATAÚD ESTÁ cerrado y cubierto de flores. Mim llora. El banco reservado a la familia está junto a él. Suena música por el altavoz. El sacerdote pronuncia un corto responso y todos se ponen de pie. Una cortina se abre tras el féretro. Hay un intenso brillo rojo al otro lado. La música sube hasta un acorde de gran intensidad, se mantiene ahí. Después, todo acabó.

***OceanofPDF.com***

UNA VECINA HA venido a decir que hay fuego. Es de noche. Kristho y los niños están durmiendo. Lailja mira por la ventana. Se ve a la gente correr desordenadamente, atravesar la calzada señalando los tejados. La vecina dice, ha sido dos manzanas más allá. Lailja sale a la calle con ella en camisón. Otras personas corren también en camisón. Una anciana que levanta los brazos y señala hacia el cielo le habla a un grupo de personas. Lailja se restriega los ojos. Por un momento le parece que es mamá. La vecina dice algo del miedo que le ha tenido siempre al fuego. Más que al agua, dice. Más que a una inundación. De lo fácilmente que puede perderlo todo una familia. Luego apunta con el dedo hacia la ventana de Lailja. Espero que alguien haya llamado a los bomberos, dice Kristho. Corre las cortinas, baja la persiana con estruendo. Lailja se mira los pies. Están enfundados en unas chinelas de pana con el talón pisado. Pese a todo, están fríos.

LOS NIÑOS HAN subido a la buhardilla. Kristho duerme la siesta en el sofá. Lailja, encerrada en el cuarto de baño, se suena, arruga el clínex, lo arroja por ahí. Le duelen los ojos, la punta de la nariz. No puede respirar. Se peina frente al espejo del lavabo el cabello que está reseco y ajado, estropajoso, como un nido hecho de ramas. La cabeza le pesa como si llevara dentro una bala de cañón. Ha soñado que alguien entraba en la habitación. Kristho se levantaba en calzoncillos, sus talones golpeando sonoramente el parqué, clavándose en el silencio brillante del corredor. Desaparecía para no volver, y ella se quedaba allí, con el monstruo medio hombre, medio no.

A través de las lágrimas, ve la punta de su nariz. La tiene enrojecida, los labios apretados. En el baño hace mucho calor. Hace unas horas, él ha venido a decir que quería entrar. Ha llamado a la puerta, con su toque apurado, discreto, familiar. Ha dicho, ¿qué haces ahí, Lailja? Déjame pasar. Pero ella no le ha dejado. Le ha pedido que la dejara en paz. Tenía que hacer. Ha rebuscado en el cajón, ha revuelto el armario. Unas horquillas, un colirio, cuchillas de afeitar. Él ha golpeado en la puerta otra vez. La luz del halógeno se dejaba caer sobre los hombros de Lailja, decididos, determinados. El secador del pelo, el peine, unas tijeras. Déjame entrar, qué haces ahí. Ha pasado un buen rato bajo la luz del halógeno, antes de decidirse, un mosquito revoloteando alrededor. Ha cogido las tijeras, las cuchillas. Se ha reclinado en el lavabo. Al final, todo ha salido bien. No le ha hecho falta pedir perdón. Gritar. Llorar.

AHORA ESTÁ DELANTE del espejo, acariciándose la piel de la cabeza. Es tersa y delicada, hay como una pelusilla inocente, como un musgo milimétrico, no como había imaginado, que atrae las yemas de los dedos, que hace que no puedan dejar de posarse allí. Es bella. En comparación, ha ganado en simetría. Una de las orejas está ligeramente separada, pero no se nota apenas porque la otra también lo está. Es más bella que nunca. En su belleza hay algo embrionario, sin acabar, algo que le recuerda la informe yema del feto flotando en el interior de la placenta. Principio y fin. La membranosa carne de la medusa. Misterio. Un escupitajo flotando en el agua translúcida del mar. Jamás habría sospechado esta belleza de lo informe, de lo inacabado.

Reticente, demorándose en la caliginosa tibieza, aún se pasa la mano una vez más.

Su cuerpo se ha vuelto blando.

Es como un polluelo muerto, a medio hacer, dentro del cascarón.

***OceanofPDF.com***



CRISTINA CERRADA (Madrid, 1970). Doctora en Estudios Literarios por la UCM, licenciada en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la UCM, y en Sociología por la UNED, es coordinadora de varios cursos de narrativa breve y de novela. Ha escrito las novelas *Calor de hogar*, SA (2005), Premio de Novela Ateneo Joven de Sevilla, *Alianzas duraderas* (2007), *La mujer calva* (2008), Premio Lengua de Trapo de Novela, *Anatomía de Caín* (2010), *Cenicienta en Pensilvania* (2010), Premio Internacional Ciudad de Barbastro, *Cosmorama* (2015) y *Europa* (Seix Barral, 2017). Su narrativa breve incluye *Noctámbulos* (2003), Premio de Narrativa Casa de América, y *Compañía* (2004), Premio de Narrativa Caja Madrid. Sus relatos han sido incluidos en diversas compilaciones y antologías, y es autora de la comedia *El club Mythic* (2015). Colabora en diversos medios y forma parte del colectivo artístico «Hijos de Mary Shelley».

***OceanofPDF.com***